



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

LA MALDICION NEGRA

J.L. Harwich

50 Ptas.



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

©J. L. HARWICH

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03726-1

Depósito legal: M. 36.525 - 1982

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

LA MALDICION NEGRA

J.L.Harwich

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

MUERTE EN LA OSCURIDAD

M

AX Delver se frotó las manos ante el fuego y escondió la cabeza en las solapas del viejo gabán. Era una noche cruda y el viento helado silbaba entre las vigas de cemento y los tabiques a medio terminar del edificio en construcción.

Max Delver era el guarda nocturno de aquella obra, empleo que le había buscado un antiguo amigo y compañero que había prosperado y que en la actualidad era un modesto pero pujante contratista de obras. Max no había tenido tanta suerte, la bebida primero y la artrosis después, que deformó de tal manera sus manos que apenas si podía servirse de ellas, no le habían servido precisamente de estímulo para escalar los peldaños de la condición social.

Arrojó un par de tablas a la hoguera y encendió un cigarrillo entre las brasas. Junto a las llamas tenía una oscura tetera cuyo contenido le ayudaría a sobrellevar las inclemencias de la noche. Aparte de una botella plana que guardaba en el gabán.

Fumó un rato en silencio. Las ráfagas de viento doblaban a veces las lenguas de fuego y expandían las pavesas por todas partes. Estuvo entretenido algún tiempo con una disputa de gatos hasta que los maullidos se alejaron y después se abstrajo en rememorar retazos de su nada halagüeño pasado.

Tras pasar un tiempo ensimismado, pareció despertar y llevó una de sus torpes manos al interior del gabán. Extrajo la botella plana de ron y bebió despacio un par de tragos. Luego la tapó muy ceremoniosamente y la volvió a hundir en las profundidades de la sobada y deshilachada prenda.

Reconfortado por el alcohol quedó con la cabeza erguida, como al acecho de los misteriosos ruidos de la noche: el aire zumbaba más persistentemente ahora al filtrarse por las mil rendijas y agujeros de la no concluida edificación y hacía crujir las tablas de la endeble valla que aislaba la obra de la calle. Fue entonces cuando los ojos de Max Delver quedaron fijos en la ventana iluminada del edificio de enfrente.

Si algo tan natural como ver la luz de una ventana en plena noche llamó la atención del guarda nocturno, era debido a que tenía la convicción de que aquel vetusto y desconchado inmueble llevaba algún

tiempo deshabitado.

Por espacio de varios minutos no perdió de vista el rectángulo amarillento de la ventana del segundo piso. Todas las demás de la ruिनosa casa permanecían negras y herméticas.

Empezaba a cansarse ya de la observación, cuando de pronto su interés se acrecentó al distinguir una silueta perfilada en la ventana. Aquella figura se movía, ora alejándose, ora acercándose o desapareciendo de su visión.

Nadie sabe cuán interminable puede resultar una gélida noche de invierno, por lo que Max Delver acogió este nuevo entretenimiento de muy buen grado.

Las campanadas solemnes de medianoche le llegaron en alas del viento. El guarda se dispuso a repetir el ritual de sacar la botella de ron, saborear un par de tragos y devolverla de nuevo a su abrigado refugio... Pero en esta ocasión algo le interrumpió: allá en la ventana a la silueta de hombre que venía atisbando parecía ocurrirle algo raro, la vio aproximarse tanto a la ventana que una de sus manos tocó el cristal, después se dobló sobre sí, dio como un traspié y luego se derrumbó...

Sin darse cuenta, Max Delver se había incorporado. Permaneció unos minutos de pie, atento a lo que pasaba tras la ventana, pero la silueta no volvió a aparecer...

Tomó asiento de nuevo con aire grave. ¿Quién podía ser aquel hombre? ¿Qué le habría sucedido? Porque, indudablemente, algo serio tenía que haberle ocurrido... Tal vez aquel hombre se hubiese puesto enfermo de repente y estuviese expirando en aquellos momentos sin nadie que le socorriese.

Esta posibilidad llenó al guarda nocturno de zozobra. Si había algo en el mundo que realmente le causase respeto era la muerte, era una aprensión casi supersticiosa, la sola idea de fallecer en su cama rodeado de familiares y amigos, le espeluznaba. Y ahora, el considerar que un hombre pudiese estar agonizando en el interior de aquel lóbrego y vacío edificio, sin una mano ni una voz amiga que le infundiese aliento frente al supremo trance, le producía una dolorosa desazón.

De súbito, tomó una decisión y se encaminó presuroso hacia la negra masa del antiguo caserón en la que la ventana iluminada daba la sensación de ser el ojo abierto de un monstruo semisoñoliento...

Max se dio cuenta de que la bruma que ascendía del río empezaba a tender sus girones a ras del suelo. Franqueó la valla de madera y antes de atravesar la calle echó un vistazo a ambos lados. La calzada estaba desierta y los puntos de luz de los faroles se veían asediados por un tupido cerco de tinieblas.

Encontró el portalón cerrado. Empujó, y aunque las carcomidas maderas crujieron no cedieron a su impulso.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo?

Max se volvió presto y se enfrentó a dos figuras que habían brotado de las sombras. Eran policías que efectuaban su ronda.

—¿Qué hace usted? —volvió a inquirir uno de los agentes.

—Verán ustedes... me llamo Max Delver, soy el guarda de esa obra...

—¿Y qué intentaba usted?

—Desde mi puesto he visto a un hombre en esa ventana, me dio la sensación de que no se encontraba bien: se encogió sobre sí, trastabilló y vi perfectamente que caía al suelo... He pensado que tal vez necesitase ayuda y por eso he venido. No era otra mi intención.

Los dos agentes miraron hacia la ventana encendida. Luego, uno de ellos aporreó la puerta.

Nadie acudió a las reiteradas llamadas.

—Habrá que forzar la puerta —convinieron.

Tomaron impulso y descargaron todo el peso de sus cuerpos contra la apolillada madera que cedió con estrépito de rotura ante la impetuosa embestida de los agentes del orden.

Ante los hombres se abrió un amplio vestíbulo ensombrecido y un relente mohoso y malsano brotó de las entrañas de la casa como si esta hubiese tenido contenida largo tiempo la respiración...

Los policías echaron manos de sus linternas y, a su luz, apreciaron unas paredes altas y desnudas, con el papel sucio y arrancado y manchones de humedad en la bóveda.

—¡Vamos!

Max se adentró en el edificio secundando a los policías. Poco después subían por una escalera polvorienta hasta el piso segundo.

Todas las puertas estaban abiertas a excepción de la que les interesaba. Uno de los agentes golpeó la hoja de madera con los nudillos.

—¡No perdamos tiempo! —acució su compañero.

De nuevo usaron sus hombros como arietes dejando expedita la entrada.

El interior de la habitación estaba alumbrado por una lámpara de pocas bujías que esparcía por la descuidada estancia una luz mezquina. Sin embargo, los tres hombres pudieron presenciar, espantados, los rasgos descompuestos y atormentados del hombre que yacía en el mugriento suelo y cuyos abiertos y vidriosos ojos les miraban sin ver...

—¡Santo Cielo!

A la altura del corazón le sobresalía el mango de un puñal y tenía el pecho empapado en sangre. A unos metros de él, colocado en una especie de rudimentario altar, había un magnífico e impresionante reloj de pared, tan negro como la noche que habían dejado atrás... En medio de la estancia, una pequeña mesa volcada, y esparcidos a su alrededor, varias decenas de billetes y monedas de plata.

—¡Dios mío! ¿Qué horrible drama se ha desarrollado en este

miserable lugar?

Capítulo 2

EL RELOJ

É

L inspector Tombey, de Scotland Yard, se apeó del auto y dirigió una ceñuda mirada al desportillado y tétrico edificio. La niebla se volvía cada vez más compacta, acortando la visión a tan solo unos metros.

Tombey respondió al saludo de los agentes. Era un gigantón atlético y flexible, barbilampiño, de pícaros ojos que en aquellos momentos reflejaba contrariedad, y rubio cabello muy ondulado.

En la habitación del crimen se hallaban ya los expertos en huellas y el doctor Pyne, el forense. Hacia este dirigió sus pasos el inspector. Pyne era un hombre achaparrado y patizambo, de voluminosa cabeza, poblado bigote canoso y faz cuadrada. Llevaba gafas y su cráneo calvo y grasiento relucía bajo la pobre bombilla que pendía del techo.

Tras el examen efectuado al cadáver, se incorporó con las cejas enarcadas.

—Parece algo perplejo, doctor —señaló Tombey al situarse a su altura.

—Usted también lo estará dentro de poco.

—¿Sí?

—Fíjese: en un principio todo apuntaba al suicidio, ya que para entrar los agentes tuvieron que echar abajo la puerta que tenía el cerrojo corrido, y las ventanas estaban todas cerradas. Encontraron a este desgraciado rodeado de billetes y monedas de plata; doscientas cincuenta libras en total, que debían estar sobre la mesa que debió derribar en su caída.

—Un bocado nada despreciable.

—En efecto.

—Sí como dice las apariencias apuntan al suicidio, ¿qué es lo discordante?

—Observe la posición del cuchillo; lo tiene clavado de una forma harto dificultosa, no es la herida que normalmente puede uno causarse por sí mismo. Es demasiado alta y muy a la izquierda.

—Sí... y está hundido hasta el mango.

—Lo que hace aún más improbable la hipótesis del suicidio. Se necesita mucha fuerza para dar una cuchillada de ese tipo, y considerando la postura que tuvo que adoptar para clavárselo en ese

sitio...

Y al hablar, el forense ilustraba con movimientos de brazos sus afirmaciones.

Tombey sacudió la cabeza asintiendo; no obstante, replicó:

—Sin embargo, es muy dudoso que si le asesinaron, el criminal no se apoderase del dinero y pudiese salir de la habitación dejando corrido por dentro el cerrojo.

Pyne se atusó el bigote.

—Mucho me temo que se halle ante un enigma bastante intrincado.

El misterio que todos los detectives sueñan con desentrañar...

—No abrigo ansias de gloria, doctor. Además, ¿cree que alguien prestará mucha atención al hecho de que un pobre diablo haya encontrado la muerte en este ruin edificio?

—No era tan pobre diablo, Tombey. ¿Olvida las doscientas cincuenta libras? Es una cantidad bastante respetable. Y mire, eche una ojeada a «eso».

E indicó al oscuro reloj de pared que desde la tarima donde estaba colocado esparcía su monótono y templado tic tac.

El inspector se aproximó.

—Es del más puro ébano —indicó el forense—, una verdadera obra de arte.

Tombey recorrió con los ojos la madera artísticamente labrada, con adornos dorados; un grueso cristal protegía las horas, de traza latina y de metal plateado; su latido era grave y sonoro, como correspondía a la reposada solemnidad que emanaba de aquel mueble.

—Es... es impresionante —murmuró—. Y de mucho valor, supongo...

—¡Una joya! se lo aseguro, digna de figurar en el más rico salón.

—¿Y qué pinta en la sucia habitación de una casa abandonada?

Pyne encajó sus mandíbulas como un cepo.

—No nos hallamos ante un caso vulgar, muchacho. Lo presiento.

—Desde luego que no, hasta el arma utilizada es bien singular.

Pyne redondeó los ojos.

—¿Ya se ha dado cuenta?

—Desde el primer momento. Jamás he visto nada igual, parece un puñal sin guarnición.

—Sí, es un arma sumamente extraña. Incluso está herrumbrosa.

Tombey quedó unos segundos contemplando el cadáver.

—¿Han encontrado algún documento que atestigüe la personalidad de la víctima?

Mac Donald, uno de los detectives a sus órdenes, le alargó unos manoseados papeles.

—Por lo visto se trataba de un usurero, su nombre era Buchan.

Tombey dirigió una mirada a la faz aquilina y pecosa de Mac

Donald que, como siempre, tenía el pajizo cabello en desorden.

—¿Eso es todo?

—Vivía en Weston Street, un callejón viejo e insalubre... Es lo que he podido sacar en limpio de esas caducas facturas y cartas.

El inspector suspiró.

—Bien... poca cosa es, pero algo es algo.

—¿No va a interrogar al guarda nocturno? Él fue el artífice del descubrimiento del cadáver.

—De acuerdo, ¿dónde está?

Poco después se encontraba ante un hombre de semblante obtuso que ofrecía claras muestras de aturdimiento.

—¿Cómo se llama? —inquirió el policía.

—Max Delver —repuso el interpelado con voz temblona.

—¿Qué fue realmente lo que viste, Max? —preguntó Tombey, tuteándole.

—Pues... yo me encontraba sentado junto a mi fogata, en la obra que hay enfrente, cuando me percaté que una de las ventanas de este inmueble se había iluminado. Esto me intrigó, tenía la certeza de que nadie vivía aquí, de que la casa estaba desocupada. Por eso permanecí con la vista clavada en la ventana, así vislumbré una silueta de hombre recortarse en ella.

—¿Qué hacía la silueta?

—No sé... yo la veía moverse de un lado para otro, pero a ciencia cierta no sé qué podía significar ese ir y venir.

—Continúe.

—La verdad es que no tengo mucho que contar... Bueno, aquella figura aparecía y desaparecía de la ventana. Al cabo de unos minutos, la vi retroceder hacia la ventana, tanto que juraría que una de sus manos llegó a tocar el cristal...

—¿Está seguro de que iba de espaldas? —interrumpió el policía.

—Sí, señor; no me cabe la menor duda. Se aproximó a la ventana de espaldas, luego se dobló sobre sí, se tambaleó dando algunos pasos y cayó...

Tombey aprobó con la cabeza.

—Era lógico que tras presenciar semejante escena me invadiese la zozobra —prosiguió el guarda nocturno—, algo terrible había sucedido tras la ventana; imaginé que tal vez alguien pudiese estar muriendo por falta de ayuda... El caso es que me decidí a venir e indagar, y fue entonces cuando se presentaron también los dos agentes. El resto ya lo conoce.

—¿Cuánto tiempo lleva de guarda en esa construcción?

—Algo más de dos meses.

—¿Nunca hasta ahora fue testigo de nada anormal en este caserón?

—No, y tenía el convencimiento de que estaba deshabitado.

—¿No vio a nadie entrar o salir?

La respuesta volvió a ser negativa.

—¿Ha mirado usted bien la cara de la víctima?

Max afirmó con un gesto.

—¿Le es conocida?

—Desde luego que no, jamás la vi antes de ahora.

El inspector suspiró.

—Está bien, puede marcharse. Si recuerda algo más, no deje de comunicárnoslo.

Salió el hombre. Los del equipo de huellas habían finalizado su tarea. Tombey llamó a uno de ellos.

—Styles, espolvoread la ventana. Posiblemente encontremos en ella las huellas dactilares del interfecto.

Obedeció el hombre y Tombey se quedó unos segundos en el centro de la estancia mirando de un lado a otro como si midiese mentalmente sus proporciones. Después se acercó al negro reloj de pared, subió uno de los dos peldaños de la tarima y lo examinó con ojos entrecerrados.

—Es realmente majestuoso —comentó en voz baja—, aunque se desprende de él algo... algo siniestro.

El forense, que se había colocado detrás, aprobó sus palabras.

—Yo también he percibido ese aire malévolo. Aunque lo achacaba a una exacerbadón de los sentidos causada por el lóbrego y pesado ambiente de esta casa. Y aún lo creo; posiblemente mañana, a la luz del día, ese reloj pierda toda su aviesa aureola.

—Quizás, sin embargo el misterio que envuelve este crimen se me antoja muy espeso. ¿Qué hace aquí este valioso reloj? ¿Qué significados pueden extraerse de este sórdido decorado? Un antiguo y deshabitado caserón, una habitación cerrada, dinero por el suelo, un puñal oxidado y singular... y un usurero muerto...

—Todo un desafío.

—Lo malo es que mi clarividencia no es la de un Sherlock Holmes. El habría comenzado por sacar consecuencias de cualquier detalle y yo, por el contrario, estoy hundido en un total desconcierto.

El doctor Pyne levantó las cejas y se balanceó sobre sus arqueadas piernas.

Capítulo 3

LA MALDICION NEGRA

L

A casa de huéspedes de la señora Ross se hallaba situada en una de esas brumosas y mal alumbradas calles de la periferia, en las que raramente se ve algún transeúnte y sobre las que gravita un silencio apenas roto por el ulular lejano de las sirenas del puerto, o por la aparición súbita de una de esas estrepitosas bandas de chiquillos que se esfuman tan rápidamente que apenas si dejan tras sí el eco de su algarabía. No obstante, a pesar de la tupida niebla que por las noches sube del río extendiéndose por aquella parte de la ciudad como una helada e inquietante mortaja, es una calle con ciertas pretensiones dada la respetabilidad de sus antañones y venerables edificios, la limpieza de sus aceras y pavimento, y el esmero de algunos diminutos jardines.

En uno de estos callados edificios tenía la señora Ross su casa de huéspedes que gozaba de merecida reputación como lugar pulcro y agradable. De la señora Ross se alababa sus innegables dotes culinarias, su trato amable, casi festivo, y su intransigencia en cuanto a la honorabilidad de sus huéspedes. Aunque también sus clientes se quejaban de que era demasiado estricta en asuntos del alcohol y de su inflexibilidad en la puntualidad del pago. Y si bien en casa de la señora Ross no tenían cabida los borrachos o gente de dudosa reputación, tampoco accedían a sus habitaciones aquellos cuyos bolsillos dependían del azar.

Aquel día neblinoso y desapacible de enero, Michael y Paul, dos estudiantes que se hospedaban en casa de la señora Ross desde el pasado año, se detuvieron sorprendidos al llegar al saloncito. No es que la casa no tuviese su acostumbrado brillo y la impoluta limpieza que le caracterizaba, lo que atrajo la atención de ambos jóvenes era un gran reloj de pared que se alzaba en el lugar que hasta entonces había ocupado una columnita con un busto de yeso. El reloj era de lustroso ébano primorosamente trabajado.

—¡Vaya reloj! —exclamó admirado Paul.

La señora Ross apareció sonriendo. Era una mujer de algo más de cuarenta años, de elegantes modales. Vestía de oscuro, lo que resaltaba la albura de su tez todavía tersa, aunque sin la frescura de la juventud. Su cuerpo, de opulentas formas, delataba la vitalidad de una mujer aún

joven y capaz de fuertes pasiones.

—¿Os gusta? —preguntó complacida.

—¡Desde luego! ¡Es magnífico!

—Lo he comprado esta mañana a un marchante.

—Le ha debido costar un ojo de la cara.

—Nada de eso. He pagado por él un precio más que asequible.

En ese momento hizo su entrada Eric Scott, con su inseparable cartera bajo el brazo. Eric se dedicaba a los seguros y sentía por su patrona algo más que una afectuosa simpatía. Bordeaba la cincuenta y a no ser por la fea cicatriz que le deformaba la boca hubiese pasado por un tipo apuesto.

—¿Qué sucede? —interrogó.

Al percatarse del reloj se acercó a él y pasó uno de sus largos y peludos dedos por la negra superficie de madera.

—¡Caramba! ¡Bonito trasto!

—Les estaba diciendo a los chicos que lo he adquirido esta mañana a un marchante.

—¿Y cuánto ha pagado por él?

La señora Ross citó una cifra que hizo que Eric retirase el dedo del reloj como si este quemase.

—¿Bromea?

—¡Imposible! —saltó Michael.

—Os aseguro que eso es todo cuanto he pagado por él. A mí también me pareció excesivamente barato.

—¿Barato? Regalado, querrá decir.

—A mí me huele esto a timo —terció Paul, masajeándose su rostro—. Mucho me temo que deje de funcionar en cualquier momento.

—Aun así; solo el mueble vale veinte veces esa cantidad.

La señora Ross se encogió de hombros, algo perpleja.

—No creí que fuese tan valioso.

—Aquí hay algo extraño —murmuró Eric dejando la cartera encima del sofá—. No es lógico que le vendan este portento de reloj a precio de saldo. Tiene que haber forzosamente gato encerrado.

Y se puso a examinarlo, auscultándolo de vez en cuando con pequeños golpecitos. En respuesta, del pecho de ébano brotaron unas campanadas timbradas y solemnes como notas de órgano.

Eric consultó su cronómetro de bolsillo y sacudió la cabeza.

—Marcha con exactitud.

—¡Pues sí que es raro! —resopló Paul dibujando un gesto de incompreensión en su rostro.

—Quizás estéis equivocados y no sea tanto su valor —sugirió la mujer.

—No hace falta ser un experto para darse cuenta de que ha pagado por él una cantidad irrisoria. ¿A quién dice que lo adquirió?

—A un marchante. Un hombrecillo endeble y calvo que dijo llamarse Carson.

—¿En qué lugar?

—Me dirigía al mercado por la calle Chimneys, cuando observé a unos hombres que con cuerdas y poleas bajaban unos deslucidos muebles y cachivaches de un edificio desconchado y mísero, siguiendo las instrucciones de ese tal Carson, que a su vez hacía inventario de todo. Como me paré a admirar el reloj, que era lo único de mérito entre aquellos trastos, el hombrecillo se me aproximó y no dudó en ofrecérmelo. Y como el precio me pareció tan bajo, acepté sin pensarlo dos veces. El tal Carson me dio un recibo acreditando la compra y envió a dos de sus empleados para que trajesen el reloj hasta aquí. Y eso es todo.

Eric quedó pensativo.

—He escuchado recientemente el nombre de esa calle —musitó al cabo de unos segundos—. Sí... ya caigo. Por lo visto en ella fue encontrado asesinado un usurero con un cuchillo clavado en el pecho.

—Yo también he leído algo al respecto en los periódicos —intervino Paul—, le denominan «el misterio de la calle Chimneys», y en sus conjeturas los comentaristas afirman que es uno de los sucesos más enigmáticos de los últimos años. Y es que, si fue un asesinato, resulta inexplicable que el criminal pudiese abandonar la habitación dejando corrido el cerrojo por dentro, y no se apoderase tampoco del montón de billetes que había diseminados por el piso y que en un principio debieron estar sobre la mesa que el muerto arrastró en su caída. Por otra parte, los expertos descartan el suicidio basándose en el ángulo de la cuchillada, su posición y la considerable potencia precisa para hundir el cuchillo hasta el mango quebrando no sé qué hueso.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con mi reloj?

—Posiblemente debió pertenecer, junto a los demás muebles, al usurero asesinado. Ya que por lo visto, este utilizaba la casa para guardar objetos de su propiedad; así se comprende que estuviesen dejando el edificio vacío. Aunque esto no dice nada sobre lo desproporcionado del precio del reloj. En cualquier subasta hubiesen sacado cincuenta veces más —manifestó Eric.

Otro de los huéspedes de la casa hizo su aparición en el saloncito. Se trataba del comandante Bertín, un militar retirado que renqueaba al andar, de pelos tiesos y acerados, cejas como cepillos, ojos inquisitivos y semblante atrabiliario. Penetró despacio en la estancia apoyándose en su bastón con empuñadura de marfil que desde hacía años se había convertido en un adminículo imprescindible para él.

—¿Qué están tramando? —exigió con aquel vozarrón peculiar que descubría su antigua profesión.

Le pusieron al corriente en pocas palabras. Bertín frunció el

entrecejo y se pellizó la cuadrada mandíbula.

—Conozco a ese Carson superficialmente, claro, pero aseguraría que es capaz de chupar la sangre a su propio padre. Es una de esas ratas que por ganar unos chelines venderían su alma al diablo. Por tal motivo, pondría la mano en el fuego a que «algo» hay en ese reloj para que se deshiciera de él tan desventajosamente.

—¿Y qué puede ser? Hasta ahora funciona a la perfección.

El comandante se rascó la barbilla y plegó los labios.

—No sé... —se encogió de hombros.

—Podríamos interrogar a ese marchante —propuso Eric.

Entretenidos en la conversación, no se apercibieron de la entrada del señor Seller. La verdad es que el señor Seller se deslizaba tan subrepticamente como un ladrón. Era un hombre de aspecto melancólico, escuchimizado, de cara huesuda y húmeda mirada. Se ataviaba con rigurosos trajes grises y a pesar de llevar algún tiempo hospedándose en casa de la señora Ross, no concedía a nadie la menor familiaridad.

Y en aquella ocasión, como en todas, saludó cortésmente y ya se disponía a encaminarse a la escalera para encerrarse en su habitación hasta la hora del almuerzo, cuando sus ojillos de pescado se posaron en el reloj. Sin emitir palabra, pero visiblemente trastornado, se aproximó al aparato y por espacio de un largo minuto miró y remiró cada moldura de la negra madera. Y conforme sus extraviadas pupilas recorrían el cuerpo del reloj, su faz sufría una progresiva corrugación que la llenaba de surcos...

—¿Se encuentra bien, señor Seller? —llegó a inquirir, preocupada, la señora Ross.

—¿Quién... quién ha traído «esto»? —articuló trabajosamente el aludido.

Los presentes se miraron entre sí, extrañados por la rara conducta del bibliotecario.

—¿Es que no le gusta? —inquirió desilusionada ella.

El estrabismo del señor Seller se acentuó notablemente al posar unos ojos lelos en el grupo. E, inopinadamente, perdiendo su habitual ecuanimidad, clamó:

—¿Quién ha cometido el desatino de meter este trasto infernal aquí? ¡Es el «Stroffkatoc»... la maldición negra!

Ante el inesperado e incomprensible arrebato del bibliotecario a quién la medida y el laconismo le era inherente, el asombro de los demás creció. Fue Eric quien se adelantó y tomándole del brazo le sacudió sin brusquedad.

—Sosiéguese, señor Seller; sosiéguese.

Y le condujo hasta el sofá donde el bibliotecario se derrumbó con semblante anonadado.

—¿Quiere usted ahora explicarse con calma?

El hombre respiró fuertemente y se apretujo las manos esforzándose por recuperar la sangre fría. Al cabo de algunos segundos se aflojó la tirantez de sus facciones y comenzó a hablar con voz ahogada.

—¿No han oído hablar nunca del «Stroffkatoc»... de la maldición negra?

—¿Qué diablos es eso? —tronó el comandante.

—Es la forma de designar a ese fatídico reloj, a esa obra de Lucifer que acarrea la perdición y la muerte a quién la posee... Hace muchos años que leí por primera vez sobre el «Stroffkatoc» y desde entonces he procurado reunir cuanto se ha escrito de esa máquina demoníaca. Y aunque nunca hasta ahora la había visto, los bocetos y descripciones consultados no me dejan lugar a dudas. ¡Es Él... Él! ¿No advierten su aire torvo, negro, ominoso?

—¡Este hombre se ha vuelto loco! —dijo Bertín.

¡Usted, cálese! —se revolvió iracundo el bibliotecario.

El ex-militar cerró la boca ante la inusitada furia que relampagueaba en aquellos ojos hasta ahora siempre distraídos y pacíficos.

—La primera referencia del «Stroffkatoc» aparece hace unos cincuenta años, en una ciudad provinciana de Rusia, de ahí su nombre, que es la deformación de un vocablo utilizado en los Urales; nadie sabe a ciencia cierta cómo apareció por aquellas latitudes. Un viejo mercero fue su primer dueño y le mimó como a las niñas de sus ojos fascinado por la sombría belleza del reloj... pero la maldición negra no agradeció tal adoración; la mujer del mercero murió acuchillada por un ladrón, uno de sus hijos quedó ciego y, como colofón, un voraz incendio redujo su tienda a cenizas. Todo quedó carbonizado a excepción de ese reloj de los infiernos que permanecía incólume y sin un tizne... —el señor Seller boqueó tomando aire y tras esta interrupción, retornó al hilo de su relato—. Después fue adquirido por un noble pusilánime que se jactaba de coleccionar objetos de trágica historia y en cuyo poder obró poco tiempo, pues cuando uno de sus criados se suicidó traspasándose el pecho con un puñal se apresuró a deshacerse de la maléfica influencia del «Stroffkatoc».

«El siguiente propietario que se conoce fue un ganadero americano, rico y fanfarrón, ávido de reunir objetos estrafalarios de la anciana Europa con los que decorar su polvoriento rancho... A las pocas semanas, una atroz epidemia diezmó su ganado y el yanqui, acobardado, lo regaló a un buhonero borracho y ladrón, al que encontraron días más tarde pendiendo del pescante de su carromato con el corazón partido por un cuchillo clavado hasta el mango...

»Y en semejantes términos continúa la macabra historia del «Stroffkatoc», atrayendo el dolor y la muerte a sus poseedores. Sin

embargo, existen a lo largo de su sangrienta crónica lapsus de tiempo considerables en los cuales «la maldición negra» desaparece sin dejar rastro, para volver a aparecer al cabo de los años inalterable, intacto, como si el tiempo no le afectase. Esto ha propiciado que muchos escépticos consideren la fúnebre leyenda del «Stroffkatoc» como un cuento truculento urdido por algún cerebro calenturiento...»

Tras las palabras atropelladas del bibliotecario, un denso silencio se extendió entre los presentes. Silencio que quebró el comandante Bertín para rezongar:

—¿Y piensa usted que vamos a dar crédito a tal cúmulo de insensateces?

El señor Seller le dirigió una furibunda mirada y no se dignó replicar.

—Bueno —intervino Eric—, convendrá usted en que el tema es inaudito.

—Existen en la vida cotidiana incontables fenómenos sin explicación racional —retrucó el señor Seller.

—Efectivamente, aunque no muchos, afortunadamente, del género en cuestión. No soy proclive a creer en asuntos de tal naturaleza, mi carácter peca de pragmático y me cuesta alzarme sobre las cosas palpables y terrenas. No obstante, y en virtud de tal pragmatismo, he de reconocer que algo anómalo hay en ese reloj... No se malvende tan espléndida máquina sin una razón poderosa.

—Y no olvidemos que su anterior propietario, el usurero ha sufrido una muerte violenta —recordó uno de los estudiantes.

El semblante sereno y agradable de la señora Ross se había crispado y su voz sonó no muy firme cuando expuso:

—Será mejor que lo saquemos de casa...

—No sea niña, señora Ross. ¿Es que va a dejarse impresionar por semejantes delirios? —detuvo el comandante tozudo.

—Comprenda, Bertín, que la señora Ross esté intranquila —dijo Eric.

—¡Pero no puede tirarse a la calle un objeto de tanto valor basándose en algo inconcreto! Porque, ¿quién nos asegura que esa historia del «Stroffkatoc» sea realmente cierta?

—¡Yo! —bramó el bibliotecario.

—¡Bah! —bufó el ex-militar—. Y, en todo caso ¿quién le dice a usted que este sea el «Stroffkatoc» de marras? Supongo que este modelo no será el único.

—¡Es inconfundible!

—Usted mismo ha dicho que solo ha visto al «Stroffkatoc» en bocetos. Pudiera muy bien estar confundido —medió Eric conciliador.

—¡No, de ninguna manera! —y girando con vehemencia hacia la mujer, suplicó—: ¡Por favor, por favor! ¡No consienta que esa obra

diabólica permanezca aquí! ¡Arrójela antes de que la desgracia se cebe sobre esta casa!

La señora Ross permanecía turbada y confusa. De un lado estaba espantada con la narración del señor Seller, pero le costaba desprenderse de un mueble tan hermoso y señorial. Así, imploró consejo con los ojos a Eric.

—Lo más prudente es que indagemos al respecto antes de tomar una decisión precipitada —opinó este—. Ya que el comandante conoce a ese tal Carson, esta tarde podríamos sostener una pequeña charla con él.

Bertín se mostró dispuesto a cooperar. Solamente el señor Seller siguió insistiendo en los múltiples peligros que la permanencia del «Stroffkatoc» podía atraer sobre los habitantes de la casa. Al final, viendo que sus argumentos no prosperaban, subió a su habitación y regresó con una vetusta biblia en la mano. Pidió otra a la señora Ross, así como un rosario con un crucifijo. Puso las biblias una a cada lado del imponente reloj y a continuación le rodeó con el rosario. Realizada esta extraña operación pareció sentirse más apaciguado.

—Esperemos que esto nos prevenga de su malévolo poder —murmuró por lo bajo.

El ex-militar le dirigió una mirada de desprecio.

—¡Imbécil! —masculló entre dientes—. ¡A quien se le ocurre sacar ahora a relucir historias satánicas!

Capítulo 4

INDAGACIONES

A

LISON Carson era un sujeto enclenque vivaz como un roedor y de semblante astuto. No podía disimular que era un bribón pues lo llevaba impreso en su céreo rostro. Vestía un ridículo traje a cuadros de tonos subidos que le venía demasiado ancho, cosa que contribuía a acrecentar su estrafalario aspecto.

Cuando el comandante Bertín dejó caer su pesada manaza sobre el estrecho hombro del marchante, este se encogió, volviéndose con algún sobresalto.

—¿Qué... qué desean?

—Usted ha vendido esta mañana un magnífico reloj a precio de saldo. ¿Por qué?

El marchante observó con desconfianza la faz adusta del ex-militar cuyos ojos le escrutaban sin un parpadeo.

—¿Un reloj? —musitó con una sonrisa conejil—. Pues... no recuerdo...

—No nos haga perder el tiempo —cortó cáusticamente Bertín, sacudiendo el recibo de compra a unos milímetros de su deslustrado rostro.

El marchante volvió a sonreír conejilmente.

—¡Ah! Sí... el viejo reloj. ¿Y qué hay de particular? Cada uno es libre de vender al precio que se le antoje.

El comandante atrapó al hombrecillo por la solapa del burlesco atuendo y le zarandeo con rudeza.

—Escuche, botarate, le he advertido que no nos haga perder el tiempo. Vamos, cuente lo que sepa de ese dichoso reloj o le juro que le pesará.

Y soltó al hombrecillo que a punto estuvo de rodar por el suelo. Carson aún dudó un segundo, pero el gesto torcido de Bertín acabó por convencerle. Volvió a ensayar su farisaica sonrisa al tiempo que se componía el traje.

—Bueno, tampoco es para ponerse de semejante humor.

—¡Hable! ¿Por qué vendió el reloj a tan bajo precio?

—Porque es un objeto robado —aclaró bajando la voz.

Tan simple respuesta dejó apabullados a ambos hombres que

esperaban cualquier cosa menos aquello.

—¿Robado? —repitió incrédulo—. ¿Está seguro?

—Y tanto, la procedencia de ese reloj es turbia; y no puedo incluir en un lote para subasta un objeto así, la policía a veces es muy quisquillosa y severa.

El marchante parecía sincero.

—Pero... ¿no pertenecía el reloj a ese usurero que fue encontrado con un puñal en el pecho?

—En realidad, no. Es cierto que el reloj «estaba» en su caserón de la calle Chimneys, pero no era de su legítima propiedad.

—¿Quiere ser más diáfano? —farfulló Bertín.

—Por lo que yo sé, el reloj fue encontrado por unos obreros en un antiguo y ruinoso edificio condenado a la piqueta por las autoridades municipales. Y a tales operarios no se les ocurrió otra idea que ganarse algún dinero extra y se las agenciaron para vendérselo al usurero, que también comerciaba a veces con objetos robados. Lo que a mí me llama la atención es que permaneciese en aquella casona abandonada...

Eric se mantuvo caviloso unos momentos.

—¿Conocía usted bien a ese usurero? —preguntó al cabo.

Carson se encogió de hombros.

—En cierta forma éramos socios, pero con esa clase de individuos es difícil trabar amistad.

—¿Opina usted que se suicidó?

—¿Suicidarse? ¡Por supuesto que no! Era uno de esos tipos que viven con el afán de amasar dinero y lo último que se le ocurriría es quitarse la vida. No, le mataron; y la verdad es que quien lo hizo exterminó a una sanguijuela.

Eric asintió en silencio. Se separaron del marchante y Bertín le propuso que se olvidasen del condenado reloj y se acercasen hasta su club a jugar un rato a los naipes. Rechazó la invitación alegando que todavía tenía que realizar otra visita.

★ ★ ★

El señor Lester era un reconocido anticuario. Había heredado el negocio de sus predecesores y logró ampliarlo y enriquecerlo con toda clase de rarezas traídas de los cuatro puntos del globo. Aunque el prestigio del señor Lester le venía más por sus conocimientos sobre la materia (así lo avalaban varios libros escritos de tal tema) que por su bien surtida tienda.

Recibió a Eric Scott con la untuosidad del ladino comerciante y cuando este manifestó su deseo de hablar en la intimidad, le hizo pasar a un despacho reducido, oscuro y profusamente adornado con estatuillas y recuerdos orientales. Tomaron asiento y el anticuario

quedó mirando al agente de seguros con una reprimida curiosidad chispeando en los glaucos ojillos, casi soterrados en la ancha y blanqueada cara.

—Usted dirá.

—¿Ha oído hablar del «Stroffkatoc»... de la maldición negra?

El rostro del anticuario acusó un espasmo y tras las finas antiparras su mirada tuvo un fulgor de vivo interés.

—¡Por supuesto que conozco esa quimérica y horrible leyenda!

—¿Eso es lo que la maldición negra supone para usted?

Los dos hombres se miraron a los ojos con fijeza.

—Es algo demasiado aterrador para ser realidad. No obstante, hay ciertos autores de solvencia que no se recatan en afirmar que el «Stroffkatoc» ha existido, y aportan bastantes y detallados datos y pruebas. De todas formas, a mí me parece tan terrible que me niego a creer en ello.

—Pues escuche lo que voy a relatarle...

Cuando enmudeció, el anticuario tenía una expresión reconcentrada y se apretujaba sus gordezuelas y níveas manos nerviosamente.

—He de reconocer que estoy impresionado —confesó con franqueza—. Me gustaría ver el reloj y cambiar impresiones con el señor Seller.

—Ayudaría a resolver este embrollo que a todos nos mantiene excitados.

—Bien, dentro de dos horas estaré allí.

Los dos hombres se estrecharon las manos al despedirse.

★ ★ ★

Exactamente dos horas después se personó el señor Lester en la casa de huéspedes de la señora Ross. Tras las presentaciones de rigor, el célebre anticuario se situó ante el fatídico reloj y le contempló con temerosa reverencia. Cinco interminables minutos duró la concienzuda exploración ante la angustia de la concurrencia.

Por fin, el anticuario se enderezó y exhalando un suspiro, se volvió hacia los testigos.

—Siento no poder satisfacer la expectación que adivino en ustedes —se disculpó—, pero me es imposible pronunciarme en ningún sentido.

—¡Cómo! —requirió el señor Seller—. ¿Qué es lo que le impide tornar postura?

—En modo alguno aseguraría nada sin pleno convencimiento. Y eso es lo que en estos momentos me ocurre. Ese reloj bien pudiera ser el malvado «Stroffkatoc»... la maldición negra. Aunque también pudiera no serlo.

—¿Cómo puede dudar? ¡Mire!

Y el enardecido bibliotecario alargó hacia el señor Lester unas hojas que se notaban arrancadas de diferentes libros dada su desigualdad de tamaños y tipografía. El anticuario las fue mirando una por una.

—Conozco este material —declaró sin levantar la vista de los papeles.

—¿Y estos apuntes? ¿Y la descripción de O'Hara?

—Señor Seller, estos documentos están lejos de constituir una prueba irrefutable. No son, ni mucho menos, decisivos.

El bibliotecario se los arrebató bruscamente. Su cara estaba tensa y la alterada respiración producía un siseo.

—Está bien, por lo visto este es un mundo de incrédulos.

—No tiene usted que incomodarse porque nuestros puntos de vista difieran. Si quiere podemos juntos iniciar un profundo estudio...

—No hará falta, señor Lester —negó el señor Seller con una misteriosa sonrisa.

—¿Por qué no?

—Es muy sencillo: cuando la tragedia golpee a los que habitamos esta casa, todos los estudios estarán de más. Entonces no tendrán más remedio que convencerse.

Un hondo silencio acogió estas palabras. Fue Bertín quien alejó la opresiva atmósfera.

—¿Qué les parece si damos de lado a los negros presagios del señor Seller y hacemos honor a los pastelillos de la señora Ross y a su jerez?

Todos, a excepción del bibliotecario, aceptaron la propuesta. El señor Seller permaneció engolfado en sus meditaciones y miraba de cuando en cuando la negra presencia de ébano que desde el rincón dejaba oír su monótono tic tac...

Capítulo 5

LAS CAMPANADAS DEL INFIERNO

L

A señora Ross contempló con voluptuosidad su cuerpo semidesnudo en el espejo. Sus carnes prietas y blancas conservaban la lozanía de la juventud y era a aquellas horas de la noche cuando sentía las exigencias de su naturaleza de mujer. Hacía ya demasiados años que murió Pierce, su marido, y desde entonces ningún hombre había satisfecho sus ansias. Era cierto que en la precaria situación que quedó tras el fallecimiento de su esposo, unido a los incontables esfuerzos para poner en marcha la casa de huéspedes, le quedó poco tiempo para ocuparse de ella misma. Sin embargo ya iba siendo preciso resolver su propia situación, tenía que casarse... ¿Con Eric?

No le desagradaba, era bien plantado y vigoroso, risueño y noble. Sí, debía darle a entender que le agradaban su mal ocultas miradas codiciosas, que también ella se sentía atraída por él... Y desde luego ir al matrimonio lo antes posible. Ni le apetecía, ni podía permitirse una aventura a su edad y en su posición. Si Eric la deseaba tendría que pasar por la vicaría para conseguirla...

¿Y el señor Seller? A pesar de su circunspección, le había sorprendido furtivas miradas hambrientas que la recorrían lujuriosamente. Era un hombre muy educado y de una finura exquisita, no obstante pecaba de envarado y su laconismo y reserva rayaba en la antipatía...

Se introdujo entre las inmaculadas y frías sábanas estirándose con fruición. Fue en ese momento cuando un golpe sordo la alertó. Parecía provenir del saloncito... ¿Quién podría ser? Había dejado a Eric poniendo al día sus formularios.

Se incorporó en el lecho aguzando el oído; solo los tenues sonidos de la casa dormida llegaron hasta ella... Intranquila, abandonó el lecho y poniéndose la bata decidió bajar y averiguar la causa de aquel ruido. Siempre había sido una mujer valerosa, pero ahora con aquel asunto del reloj se angustiaba por cualquier nimiedad.

Descendía los primeros peldaños cuando las campanadas del reloj resonaron graves y vibrantes en el silencio nocturno. Un estremecimiento involuntario la sacudió de la cabeza a los pies y por unos instantes le horrorizó la idea de bajar sola al salón. Pudo

ahuyentar este miedo y apresuradamente descendió el resto de las escaleras.

El reloj seguía esparciendo sus lúgubres tañidos por los ámbitos de la casa anunciando la medianoche. Al llegar al saloncito, a la primera mirada le pareció encontrar todo en orden, avanzó unos pasos más y entonces le vio. ¡Un agudo chillido de terror surgió de su garganta! ¡Tendido frente al reloj estaba el cuerpo de Eric con un cuchillo clavado en pleno pecho!

★ ★ ★

El inspector Tombey se pasó la mano por el áureo y ensortijado cabello sin apartar sus anñados ojos de la apurada mujer que, con frecuencia, se llevaba un blanquísimo pañuelo a los enrojecidos ojos.

—Señora Ross, al llegar usted al saloncito, su huésped llevaba escasos minutos muerto. ¿No vio nada? ¿Un detalle? ¿Un olor? ¿Algo anormal? Lo más seguro es que el asesino estuviese todavía allí.

La mujer denegó con la cabeza.

—No... no vi nada... Estaba tan asustada...

—¿Qué fue lo primero que hizo tras descubrir el cadáver?

—Corrí a llamar al comandante Bertín.

—¿Y precisamente el cuarto del comandante es el único cuya puerta no da al pasillo?

—En efecto...

—Es decir, que si alguien atravesó el pasillo en aquellos instantes usted no habría podido verle.

—No.

—¿Existía algún resquemor entre el señor Scott y alguno de sus otros huéspedes?

—En modo alguno; jamás una controversia sobrepasó los límites de la cortesía.

—¿Era el señor Scott una persona equilibrada?

La señora Ross levantó sus bien dibujadas cejas.

—Desde luego, Eric ha sido uno de los hombres más joviales y encantadores que han pasado por mi casa.

—Por su tono de voz deduzco que entre ustedes debió existir una buena amistad.

—Sí, la hubo —dijo la mujer con voz algo estrangulada.

Los ojos claros del inspector bucearon las oscuras pupilas de la señora Ross.

—¿Fue solo amistad o cabe hablar de algún sentimiento más elevado? Y, por favor, no lo considere una impertinencia.

La señora Ross se llevó el pañuelo a la nariz.

—Aunque no había nada formalizado, como mujer sabía que Eric se

sentía atraído hacia mí. Estoy segura de que si no hubiese hallado tan pavorosa e inesperada muerte, nos hubiésemos convertido en marido y mujer.

—¿En qué situación económica se encontraba el señor Scott?

—Ganaba lo suficiente para vivir con dignidad. Además, había heredado de sus padres unas propiedades rústicas. No mucho, aunque le proporcionaban una renta de cien libras anuales.

—Así pues, el dinero no ha sido la causa de su muerte. Sinceramente, ¿ha pensado en algún momento que pueda haberse suicidado?

—No... al menos no en la idea que yo guardo del suicidio.

—¿Quiere explicarse?

—Ya sé que lo que voy a decir es increíble, pero estoy convencida de que todo es obra del maleficio del reloj... de la maldición negra. Nunca lamentaré suficientemente no haber escuchado al señor Seller, una y otra vez nos previno de que algo irreparable sucedería si ese trasto infernal permanecía en esta casa. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no le hice caso?

—En estos tiempos es muy difícil creer en cosas parecidas.

—Lo sé, aunque de la misma manera que los cristianos hemos aceptado y constatado el poder benéfico y milagroso de ciertas reliquias, a las que veneramos, el Maligno puede haber creado objetos capaces de transmitir las más abyectas perversidades, de arrastrar a los humanos a los actos más reprobables. Y en el caso concreto de Eric, esa máquina del Averno le trastornó el cerebro hasta inducirlo al suicidio.

—¿Rechaza de plano la posibilidad de un crimen?

—No hay nada que pueda justificarlo.

Tombey reflexionó un instante. En realidad no estaba muy claro si el caso era un suicidio o asesinato. El forense no se había mostrado definitivo, según él por la posición y el ángulo el interfecto podía haberse clavado el puñal, pero el rictus de sorpresa que demudaba sus facciones hacían pensar que la muerte le había cogido desprevenido... Por otra parte, no había que olvidar que el extraño puñal que causó la muerte del agente de seguros era idéntico al que días atrás se halló hincado en el pecho del usurero, en la calle Chimneys. La misma arma inusual, antigua y oxidada... Aunque no debía de echarse en saco roto el hecho de que en la ciudad se celebraban periódicas subastas y algunos de los lotes consistían en arcaicas colecciones de armas. Incluso habían descubierto que hacía pocos meses fueron vendidos unos puñales idénticos a los encontrados en el tórax de las víctimas...

Tombey apretó los labios. Aquel misterio se tornaba cada vez más indescifrable. No existía la menor relación entre el usurero y el agente de seguros, solo aquellos puñales y el sombrío reloj.

—Según hemos podido comprobar —dijo el policía tras la pausa—,

que el comandante Bertín es aficionado a asistir a las subastas.

—Así es.

—¿Y gasta mucho dinero en ellas?

—No, excepcionalmente se presenta con algún viejo pistolón o sable del siglo pasado, no va más allá, ni estimo que pueda permitírselo.

—¿Figuran entre esas armas antiguos puñales?

—No sabría qué decirle... Pero ¿a dónde quiere ir a parar? ¿Es que sospecha que el documento pueda...?

—Pretendo únicamente averiguar el paradero del arma que causó la muerte del señor Scott, nada más.

El inspector sacó su pitillera y tras encender un cigarrillo dio un vuelco al interrogatorio.

—¿Y el señor Seller, qué concepto le merece?

—Inmejorable. Es un caballero muy culto y comedido.

—Está ciegamente convencido de que ese reloj es el mítico «Stroffkatoc», la maldición negra. Y los hechos se empeñan en darle la razón, de todas formas me ha parecido algo exaltado.

—¿Exaltado? Es normal que lo esté después de lo sucedido. Si hubiésemos atendido sus recomendaciones Eric estaría vivo.

—¿Qué clase de hombre era antes de ahora el señor Seller? A mí me da la impresión de que es un carácter retraído, casi misántropo.

La señora Ross se mantuvo en suspenso unos segundos.

—Bueno... no puede alabarse la sociabilidad del señor Seller. Lleva algún tiempo en mi casa y no ha dado muchas muestras de simpatía. Por otro lado, sería injusto tacharle de displicente o avinagrado, simplemente peca de seriedad. Pero su corrección, amabilidad y honradez están fuera de toda duda.

Tombey expulsó el humo por los orificios nasales.

—Sin embargo, el señor Seller peca también de solitario.

—Pues sí... ¿qué quiere darme a entender?

—El señor Seller lleva muchos años estudiando al «Stroffkatoc», ¿no pudiera ser morbosa esa obsesión? Se trata de un hombre al que no se le conocen amistades masculinas ni femeninas, su única afición son los libros, se pasa el día entre ellos. Tal vez esta vida de reclusión pueda haberle afectado al cerebro.

—El señor Seller no es ningún loco, y se equivoca también en que los libros sean su único entretenimiento, es un experto en plantas y su sensibilidad para con ellas es admirable.

En ese momento irrumpió el bibliotecario en la estancia. Parecía exasperado; llevaba el cabello despeinado y las ropas en desorden.

—¿Es que no van a llevarse el «Stroffkatoc?» —espetó al policía.

—El reloj no es nuestro, señor Seller. Y la señora Ross no puede disponer de él en tanto el saloncito se halle precintado o lo autorice el juez.

—¡Maldita sea! ¿Es que quiere que muramos todos?

—Cálmese.

—¡Antes se lo advertí a la señora Ross, ahora se lo digo a usted; saquen ese instrumento satánico de aquí, destrúyanlo antes de que ocasione nuevos males!

Y con este sentencioso aviso salió tan intempestivamente como había entrado.

Capítulo 6

PRUEBA MORTAL

H

ACIA ya más de media hora que permanecía sentado en el saloncito frente al torvo reloj. Sobre sus piernas descansaba su entrañable revólver de reglamento, compañero inseparable de tantos años y que le había salvado de más de una comprometida situación.

Bertín se repantigó bien en la butaca. El saloncito se hallaba vagamente iluminado por una lamparita que todo lo más que lograba era producir una semipenumbra de la que emergían, oscuros e imprecisos, los muebles y objetos. Esta tenebrosidad había sido buscada a propósito por el comandante, ya que no deseaba que los que dormían en el piso superior pudiesen detectar la claridad.

Bertín estaba decidido a terminar de una vez con el disparate aquel del «Stroffkatoc». Él no creía en maldiciones, hechizos ni demás zarandajas. Lo que había sucedido con Eric era extraño, pero solo cabían dos explicaciones: o bien se suicidó o lo mataron. Y él se inclinaba por lo segundo, Eric no era de los tipos que se suicidan. Amaba la vida y ningún problema podría enloquecerle tanto como para cometer tal desatino...

El comandante encendió uno de sus puritos y aspiró el humo trasladándolo hasta el fondo de sus pulmones. Bertín no era un fumador empedernido pero disfrutaba como pocos de aquel placer.

Se ensimismó en sus meditaciones. No, a Eric le habían asesinado, ¿pero quién? ¿El mismo que se cargó al usurero? Sea quien fuese, debía ser un tipo diabólicamente astuto para tener totalmente despistada a toda la policía de Londres... Lo que menos entendía era la conexión que debió existir entre el usurero y Eric para caer víctimas del mismo criminal, aunque... ¿quién puede conocer todas las vicisitudes de la vida de un hombre? Sabe Dios qué clase de sujeto pudo haber sido Eric en su vida pasada.

El zumbido del aire en el tubo de la chimenea cortó el hilo de sus cavilaciones. Quedó un momento a la expectativa. Los ignotos sonidos de la casa le llegaron amplificadas por el silencio: crujidos casi imperceptibles y misteriosos, levísimos ruidos de la madera, el roce del viento en los cristales de la ventana, golpes apagados y lejanos...

Bertín regresó a sus pensamientos. Si se había decidido a pasar la

noche solo, frente al supuestamente protervo reloj, aún cuando la policía había precintado aquella estancia, era con intención de demostrar de forma incontestable que todos aquellos cuentos e historias sobre su nefando poder eran pura invención. Y de paso quedaría de relieve que el criminal era lo suficientemente listo como para aprovecharse de los supersticiosos temores de la gente... Aunque era demasiada casualidad que el reloj estuviese en los dos lugares donde se habían cometido los asesinatos. ¿No sería que el criminal se ocupaba de que así sucediese?

Dio una última chupada y dejó la colilla sobre el cenicero. Era ridícula la exacerbada actitud del señor Seller por convencer a todos de que el reloj era la causa de los dramáticos acontecimientos. Y en parte lo había logrado, hasta la señora Ross consideraba nefasto al reloj y creía que había envenenado la mente de Eric Scott hasta arrastrarle al suicidio. Él siempre había admirado a aquella mujer por su temple fuera de lo común y por el coraje con que plantaba cara a la vida... Claro, que con el desvaído señor Seller profetizando toda suerte de calamidades era normal que se sintiese apabullada. ¡Ah, el señor Seller era un tipejo de cerebro febril! Nunca le agradó su cara demacrada ni sus ojos lagrimosos; revelaban al hombre de covacha, alejado del aire puro, sempiternamente encerrado en la umbrosa biblioteca y moviéndose como una sombra entre estanterías empolvadas, conviviendo con gente absorta y hermética. Seres vacuos y ausentes, fanáticos devoradores de libros...

En realidad al señor Seller había que tenerle conmiseración. ¡Qué vida tan desabrida la suya! No bebía, no fumaba, no disfrutaba de emociones fuertes, no se le conocían amoríos... Empero, a este respecto la señora Ross conseguía turbar aquella frialdad suya. En incontables ocasiones había sorprendido la lumbre de sus ojos al mirarla y las vibraciones de su voz cuando se dirigía a la patrona. ¡Pobre infeliz! Nunca conseguiría que una mujer lozana y hermosa como la señora Ross aceptase a una estantigua como él en su lecho...

El tic tac del reloj llegaba nítido a sus oídos. El viento volvió a rebullir en el tubo de la chimenea e inopinadamente el veterano militar se envaró. Sus dedos estrecharon la fría culata del revólver mientras sus ojos permanecían fijos en la esfera del reloj.

Bertín se incorporó sin apartar sus hipnotizados ojos de la negra máquina y avanzó unos pasos... No pareció darse cuenta de que una leve corriente de aire sacudía las plantas de interiores que adornaban el salón, ni de que una sombra horrible se materializaba en un rincón. ¡Era la Muerte, la gélida y pavorosa Parca que con sus cuencas vacías asistía a la inexorable extinción de una vida!

Tombey tomaba su desayuno cuando repiqueteó el teléfono. Su mujer atendió la llamada.

—Es para ti, Fred; de Scotland Yard.

El inspector se levantó dirigiéndose al teléfono.

—Aquí, Tombey —farfulló malhumorado.

Escuchó un momento y luego encajó el aparato violentamente en la horquilla. Su rostro se había tornado ceniciento.

—¿Qué pasa? —preguntó su esposa con temor.

—¡Una nueva muerte! ¡Este caso acabará desquiciándome!

Se puso la americana y el abrigo. Después se caló el sombrero.

—Trataré de volver temprano para cenar —dijo antes de besar a su esposa en los labios.

—Cuídate, cariño.

Salió el policía. Dora Tombey quedó mirando el inconcluso desayuno de su esposo con un mohín en los labios.

Minutos más tarde Tombey se encontraba espionando la faz distorsionada del comandante Bertín. La muerte había producido un espasmo de terror y sorpresa en las facciones del militar retirado. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y los labios contraídos, había caído de espaldas, con los brazos en cruz; una de sus manos estaba abierta y la otra aferraba un revólver de reglamento del Ejército inglés. Su pecho estaba ensangrentado y del centro del mismo sobresalía el mango ennegrecido de uno de aquellos anticuados puñales...

Tombey consultó con la mirada a MacDonald.

—¿No habéis encontrado nada?

—Nada, inspector.

El doctor Pyne, el forense, vino hacia ellos.

—Ya le dije que este sería un caso escabroso, Tombey.

—La verdad es que estoy desbordado, doctor. No entiendo nada ¡Nada! ¿No habíamos precintado esta parte de la casa? ¿Por qué ese infortunado entró aquí? ¿Para qué?

—Yo sé lo que ha sucedido, inspector.

Tombey giró sobre sus talones para enfrentarse a la dueña de la casa.

—¿Es tan amable de explicárnoslo?

La palidez de la señora Ross era extrema. Tenía los ojos hundidos y los labios descoloridos. Parecía más vieja.

—Anoche, durante la cena, noté que el comandante estaba extrañamente lacónico. Debí darme cuenta de que tramaba algo, más aún cuando aquella misma tarde le había oído repetir que él demostraría que todo aquello de la maldición negra no era más que una patraña... Está claro que su intención era pasar la noche junto al reloj para poner de manifiesto su inocuidad, lo que no previno fue semejante final.

—Algún recelo debía de abrigar cuando trajo consigo su pistola —repuso Tombey—, aunque por lo que se ve, de poco le ha servido.

—¿Se llevarán ahora esa obra demoníaca de mi casa?

—Señora —intervino el doctor Pyne—, a ese hombre no le ha matado ninguna influencia perniciosa. No cabe en esta ocasión hablar de suicidio, estamos ante un claro crimen.

—Usted puede decir lo que guste, doctor. Pero desde que instalé ese reloj en mi casa, parece como si estuviésemos viviendo la más atroz de las pesadillas. ¡Llévenselo! ¡Llévenselo o haré que lo echen al Támesis! ¡No lo quiero aquí!

—Cálmese, señora Ross.

—¡En esta ocasión no transigiré! ¡Si no se lo llevan, me desharé de él!

—Bien, señora Ross...

—¡Quiero que se lo lleven ahora mismo!

—En ese instante apareció el señor Seller en compañía de un hombre muy alto y flaco, de cara chupada y angulosa; sus brazos eran largos y secos como ramas y vestía muy elegantemente.

Seller se mostraba muy ufano y señaló a su acompañante con evidente satisfacción.

—Les presento al profesor Edgware; uno de los más reconocidos especialistas en Ciencias Ocultas, gran hipnotizador y el mejor espiritista del mundo.

El magnetismo que irradiaban los ojos oscuros y globulosos de aquel hombre era perceptible desde el primer momento.

Tras las presentaciones, el profesor Edgware dejó oír su voz grave y sugestiva, sin apenas mover los labios.

—Recibí el telegrama del señor Seller y me he apresurado a atravesar el Canal. Me encontraba en la costa francesa realizando un ciclo de conferencias... —dijo como justificándose—. Naturalmente, la sola mención del «Stroffkatoc» me hizo abandonarlo todo, no podía desaprovechar una oportunidad de oro para hallarme frente a uno de los objetos satánicos más funestos que se conocen. ¡El «Stroffkatoc», la maldición negra! Tiemblo de emoción y espanto al mismo tiempo. Aseguran los escritos que el Príncipe de las Tinieblas introdujo en ese artefacto a uno de sus demonios predilectos ¡al feroz Kriptton! Uno de los setenta y dos que, entre duques y marqueses, componen el Estado Mayor de Lucifer.

—¿Y qué es lo que usted pretende? —inquirió Tombey.

—Averiguar si realmente es el «Stroffkatoc»... ¿Podría echarle un vistazo?

Poco después el huesudo profesor se encontraba escudriñando con cierto respeto el negro reloj. De cuando en cuando movía la cabeza asintiendo.

Transcurridos unos minutos se volvió hacia los testigos y murmuró:

—Pudiera ser él, pero para asegurarme tendría que invocar a Krippton.

—¿Por qué no lo hace, profesor? —quiso saber el bibliotecario—. ¿Se requieren algunas especiales condiciones?

—Después del viaje estoy demasiado fatigado para una experiencia de ese calibre. La llevaré a cabo esta noche, después de un buen descanso.

—¿Podría hospedarme en su casa, señora Ross?

La mujer le miró con desconfianza. Aquel hombre no era más que un brujo, un hechicero con el sonoro título de profesor en Ciencias Ocultas. Sin embargo no se atrevió a desafiar la luz que titilaba en lo más hondo de aquellas poderosas pupilas.

—Desde luego, profesor. Aunque, sinceramente, hubiera deseado que se llevasen a ese abominable reloj de mi casa.

Algo que se asemejó a una tenue sonrisa afloró a los labios del espiritista.

—¿Tan ansiosa está por desprenderse de una fortuna?

La señora Ross parpadeó.

—¿Una fortuna?

—Si es el «Stroffkatoc» cualquier secta demoníaca le dará lo que pida. Incluso la matarían por arrebatárselo.

La mujer se estremeció al ser recorrido su cuerpo por un escalofrío.

Aquel parecía un día pleno de acontecimientos. A Tombey le avisaron de que en Scotland Yard había un sujeto apellidado Leverson que deseaba efectuar unas declaraciones sobre el usurero y el ya fúnebremente famoso reloj. Antes de partir para allí, dio órdenes para que una pareja de policías uniformados montasen guardia ante la puerta de la casa de hospedaje, en prevención de la nube de periodistas que podía tomarla por asalto en cualquier momento.

—Este asunto amenaza dejar en mantillas a todos los ocurridos desde Jack «El Destripador» —comentó MacDonald camino de Yard.

Tombey estaba encerrado en un hosco silencio y no atendió a las palabras de su subordinado.

—¿Qué le parece ese pájaro, el profesor Edgware?

El inspector dirigió los ojos hacia el joven detective. Era evidente que se hallaba nerviosamente animado por encontrarse trabajando en un caso que había adquirido tal transcendencia.

—A mí, en principio, me subyugó —expuso MacDonald al seguir callado su superior—, tiene algo en los ojos que da vértigo.

—Podría hipnotizarte con solo chasquear los dedos —rompió a hablar Tombey.

MacDonald curvó los labios.

—¿Sí? Pues no se me va de la cabeza que ese tipejo ha acudido al reclamo del eco que el caso está tomando en la prensa. Mañana todos los periódicos del país hablarán de él, que es lo que se propone.

—Aunque no lo creas, el profesor Edgware es un hombre célebre en determinados círculos. Es uno de los brujos de más reputación de Europa.

El joven redondeó los ojos. Tenía el cabello más alborotado que nunca.

—¿Brujos? Pensaba que esa especie se había extinguido.

—Hay más de los que podemos imaginar. Lo que sucede es que actualmente no son noticia porque no los asan en la hoguera.

—Vaya... Sí que estaría bueno que en ese reloj hubiese realmente un demonio.

Aquella posibilidad debió darle qué pensar pues no volvió a despegar los labios en lo que restó de trayecto.

Arthur Leverson era un sujeto anodino de cuyas trazas pueden encontrarse millares deambulando por la ciudad. Vestía un tanto deslucidamente, lo que indicaba que las cosas no le iban demasiado bien. Su color de cara tampoco era envidiable y tenía los ojos mortecinos, aunque se encendieron un poco cuando se encontró frente al inspector.

—Usted dirá, señor Leverson.

—Bueno... —el hombre se mojó los labios—, pues verá, señor, he leído en los periódicos que la policía está muy interesada en obtener la máxima información posible sobre Buchan, el usurero que fue asesinado en la calle Chimneys, y el reloj que se encontraba en la habitación del crimen... la maldición negra. Que es como lo llaman los de la prensa.

Tombey escrutaba con ojos impasibles aunque en el fondo rezaba para que aquel Leverson supiera algo.

—Entonces pensé que tal vez la policía pudiese darme unas libras por contar la conversación que sostuve con Buchan horas antes de que perdiese la vida...

Al llegar aquí calló y quedó pendiente del inspector.

—Está bien, hable —acordó Tombey.

Leverson carraspeó antes de ponerse nuevamente a hablar.

—La misma tarde del día en que Buchan murió, llevamos el reloj en mi camión al viejo inmueble de la calle Chimneys.

—¿Trabajaba usted asiduamente para el usurero?

—Sí, con bastante regularidad. La verdad es que el viejo zorro me tenía entre sus garras, hace años me prestó cierta cantidad que no pude devolver en su integridad en los plazos fijados. Podría haberse quedado con el camión, pero en vez de eso me obligó a firmar un documento por el que me comprometía a trabajar para él hasta que se hubiese saldado la deuda. Piqué como un necio y firmé; a partir de ahí, Buchan no solo tuvo el camión, sino también mi mano de obra... Y aquella tarde, como tantas veces, requirió mis servicios. Se trataba de transportar el reloj hasta el mencionado lugar. Y varias veces, mientras lo bajábamos del vehículo para llevarlo a la casa, me exigió que tuviese mucho cuidado al manejarlo. Yo, que estaba algo malhumorado, rezongué:

»—¡Está bien! ¡Ya tengo cuidado! ¡Ni que fuese un merengue!

»—¡Cierra el pico, imbécil! —me replicó Buchan también con malos humos—. No tienes ni idea de lo que llevas ahora entre las manos.

»—No será la Torre de Londres —argüí.

»Desde luego, no le causó la menor gracia. Rumió algo entre dientes y trajinamos con el dichoso artefacto hasta que lo tuvimos instalado donde Buchan deseaba.

»Me causó cierta extrañeza que lo colocase sobre un pequeño entablado y así lo manifesté. Entonces él se puso repentinamente muy serio y me hizo una pregunta que nunca hubiese esperado.

»—Leverson, ¿tú crees en los demonios?

»Tardé varios segundos en responderle. Hacía años que conocía a Buchan y no ignoraba que era un hombre raro y que practicaba la magia negra. Su domicilio estaba lleno de libros sobre el tema y poseía multitud de horripilantes estatuillas de madera, cobre o barro que representaban a deformes y tenebrosas deidades de tribus africanas, amazónicas y de otras partes del mundo.

»—Hay muchas clases de demonios —retruqué yo, evasivo.

»—Me refiero a los verdaderos demonios, a los ángeles que el Señor expulsó a los Infiernos por rebelarse contra él.

»Empezaba a no gustarme aquello. Los ojos de Buchan relucían como los de una serpiente cuando hipnotizaba a un pajarillo.

»—¡Yo no sé de esas cosas! —exclamé queriendo finalizar tan poco grata conversación.

»—No seas cretino, Leverson. Tú has ido a la escuela, has leído la Biblia y estoy seguro de que asistes de cuando en cuando a algún acto religioso. Alguna opinión tendrás formada.

»Para animarme me dio un cigarrillo. Acción nada corriente en él.

»—No sabría qué decirle, Buchan. Yo soy bastante incrédulo en lo tocante a esas cosas. Bastantes dificultades tengo ya para cargarme con otras extras.

»La mirada del usurero se trasladó al reloj.

»—Contéplalo bien, Leverson. No es una vulgar máquina de medir el tiempo.

»Le observé con atención y no pude evitar estremecerme. No sé si fue debido a la turbia atmósfera que había creado el usurero con sus palabras o es que en aquel sombrío mueble había algo que encogía el ánimo. Y de pronto sentí miedo; la claridad que penetraba por la ventana era incierta y la estancia se encontraba oscurecida. En tal ambiente los ojos de Buchan parecían fosforecer y del reloj escapaban opacos reflejos. Su tic tac se me antojó el latido de un poderoso corazón que se escondía tras el pecho de ébano.

»Por unos momentos me creí ante un ídolo pagano y la tarima en que estaba subido se me antojó un altar.

»—Tiene poder... un inmenso poder —bisbiseó Buchan—, puede destruirlo todo. Hasta la vida de un hombre.

»Había pánico y adoración en la expresión del usurero.

»—¿No has oído hablar nunca de esas sectas que tienen deidades sanguinarias? Todas ellas son demonios, pero sus juramentos obtienen los beneficios del inconmensurable poder de Lucifer y de los demás ángeles negros...

»No sé qué hubiese pasado de seguir unos minutos más en aquella siniestra habitación. Afortunadamente algo se agitó en mi interior que me desembarazó del hechizo.

»—Está bien, Buchan: todo lo que tú digas. Pero la noche se acerca y tengo otras cosas que hacer. No puedo estar aquí con los brazos cruzados.

»El fulgor de los ojos del usurero se extinguió.

»—Espera, Leverson; no tengo ganas de caminar hasta mi domicilio. Acércame en tu camión.

»Y ya no volvimos a cruzarnos una sola palabra en todo el trayecto...»

La detallada narración de aquel hombre dejó al policía suspenso durante unos segundos.

—Según infiere de su relato, Buchan podría haber llevado el reloj hasta el ruinoso caserón con intención de efectuar allí con toda tranquilidad los infernales ritos de adoración al Diablo.

—Eso sospeché yo más tarde. Por eso el usurero lo tenía subido en aquel remedo de altar.

Tombey quedó pensativo. Tal vez así se explicase la presencia de aquellos billetes y monedas en torno al cadáver de Buchan. Podían constituir una especie de ofrenda o presente hacia el maligno poder que habitaba en el reloj, o quizás fuesen solo un mero instrumento de alguna arcana ceremonia.

—¿Y bien?

Era Leverson, que esperaba su recompensa.

—MacDonald, que le den unas libras. Aunque en realidad no nos ha dicho nada que pueda ayudarnos demasiado.

Cuando se quedó solo mandó que trajesen una taza de té mientras su mente trabajaba a marchas forzadas desmenuzando todas las piezas de aquel alucinante rompecabezas...

Capítulo 7

HIPOTESIS

A

Al salir de su despacho para irse a almorzar, el inspector Tombey se dio de manos a boca con MacDonald. El joven, aparte de agitado, parecía exultante y llevaba un grueso libro de registro bajo el brazo.

—¿A qué viene tanta energía, MacDonald? ¿Es que ha heredado algo?

—¡He encontrado un dato que puede ser revelador!

Tombey abrió la boca.

—¿Sí? Veámoslo...

Regresó a su mesa y se sentó encima. MacDonald dejó el libro a un lado y rebuscó en sus bolsillos. Extrajo un papel y lo mostró al inspector.

—Échele un vistazo, señor.

Tombey lo miró por el anverso y reverso.

—Esto parece un pagaré o algo así.

—En efecto; lo he encontrado entre los papeles de Buchan. Ahora fíjese en las firmas: la de la izquierda es la del usurero; concéntrese en la otra.

Así lo hizo. La firma de la derecha era un garabato totalmente ilegible.

—No me dice nada.

—A mí al principio, tampoco —dijo MacDonald abriendo el pesado volumen por la mitad y comenzando a pasar las hojas hasta que llegó a una anotación y se detuvo—. Observe esto: es una simple reseña de una operación de préstamo.

Tombey, cada vez más intrigado, posó los ojos en el lugar que le indicaban. La letra de Buchan era desigual y picuda, no obstante podía leerse con toda claridad:

Edward Seller Protheroe, 120 libras; fecha de otorgamiento:
16 de junio de 1979; fecha de vencimiento: 16 de junio de 1980;
pagos trimestrales de...

—¡Seller! —exclamó Tombey—. ¡Magnífico trabajo, MacDonald! ¿Cómo lo ha conseguido?

—Cuando Buchan fue asesinado nos hicimos cargo de todos sus

documentos y fueron examinados por si había algo entre ellos que pudiese darnos una pista. Naturalmente no sabíamos qué buscar concretamente entre la maraña de viejos papeles; ese usurero lo guardaba todo... Y no dimos con ningún hallazgo. Después, el caso se complicó con la muerte de Eric Scott y pensé que dada la similitud de ambas muertes forzosamente debía existir un nexo entre Buchan y la casa de hospedaje. Decidí volver a repasar los papeles del usurero uno por uno, era una tarea engorrosa y me llevó varios días. Buchan era el colmo de la meticulosidad y registraba los más mínimos incidentes. Por fin me topé con esa inscripción, ¿pero era Edward Seller Protheroe el señor Seller que a nosotros nos interesaba? En todo caso aquella anotación no constituía por sí misma nada que pudiésemos utilizar, puesto que el señor Seller podía perfectamente negar que él no era la persona consignada en el libro de registro. No es un caso único el que dos personas lleven el mismo nombre y apellidos sin que los una vínculo familiar.

—Desde luego que no —corroboró Tombey.

—Entonces, si quería dejar sentado que el señor Seller era deudor de Buchan, tenía que dar con uno de los pagarés acreditativos de los pagos trimestrales que el señor Seller debía satisfacer al usurero. La suerte seguía siendo mi aliada y lo encontré. El último paso era comparar la firma del señor Seller con la que había estampada en el pagaré. Así que me encaminé a la casa de huéspedes de la señora Ross. Por imperativo de Ley debía existir allí el correspondiente libro de registro, y en él la firma del señor Seller. Y el cotejo fue positivo: eran idénticas.

Tombey se golpeó repetidamente el mentón con un dedo.

—Esto va encarrilándose. El señor Seller, tras la muerte del agente de seguros, negó conocer al usurero. Tendrá que explicar de forma convincente por qué mintió.

—Yo no me fiaría mucho de ese hombre, señor.

—¿Piensas que puede ser el asesino?

—Se ha convertido en mi candidato preferido.

—Ciento veinte libras no es tanto dinero como para conducir al asesinato.

—Imagine usted que el bibliotecario se hallaba en apuros económicos y no podía hacer efectiva la cantidad que tenía que entregar a Buchan. Y que el usurero no admitía demora en el pago. Pudieron encontrarse en el vetusto caserón de la calle Chimneys y el usurero persistió en su intransigencia, la discusión se hizo virulenta y en un ataque de ira, el bibliotecario le hundió a Buchan el puñal en el pecho...

—¿Y el puñal? ¿De dónde lo saca?

—No es tan descabellado suponer que podía encontrarse en la habitación. El usurero se servía de la casa para guardar objetos diversos,

podía haber llevado allí una colección de puñales antiguos en tanto llegaba el momento de venderlos...

—Adelante, MacDonald, prosiga con su teoría —invitó el inspector al ver que el joven vacilaba.

—Bueno, consumado el crimen, el cerebro del bibliotecario funciona a toda prisa. Tiene que idear algo que confunda a la policía; lo primero que hace es apoderarse de todos los puñales que restan, después prepara la escena diseminando el dinero de Buchan...

—¿Y por qué no se apodera de él?

—El bibliotecario no es un simple ladrón; además, esto contribuye a despistar a la policía.

—Conforme.

—Ahora viene lo más difícil: ¿Cómo conseguir abandonar la habitación del crimen dejando corrido el cerrojo? Partamos de que la puerta era destartalada, por lo que sirviéndose de un fino cordel anudado de forma especial al cerrojo, de modo que se deshiciera por un brusco tirón, consigue quedar la puerta cerrada por dentro. Después, da el tirón y recupera la cuerda...

Tombey afirmó con la cabeza. No creía a aquel muchacho tan imaginativo.

—Le aseguro, señor, que la operación no es tan difícil de efectuar en una puerta algo desajustada.

—Su solución al problema no me parece mala. La creo factible; ahora bien, ¿qué impulsó al señor Seller a seguir matando? ¿Y por qué causa tomó a Eric Scott como próxima víctima?

—El señor Seller es una persona tortuosa y la experiencia de arrebatarse la vida a un semejante, pudo enajenar su mente. Por otra parte, en sus declaraciones, el comandante Bertín dejó entrever que el bibliotecario sentía pasión por la dueña de la casa. Y Eric Scott, con sus galanteos encubiertos a la señora Ross debió concitar el furibundo odio del señor Seller; que acabó volviendo a verter sangre de un ser humano.

—Así pues, según su visión de los hechos el bibliotecario es un perturbado.

—Sí, y por mor de esa locura ha asesinado al comandante Bertín en su desquiciado empeño de achacar las muertes a ese peregrino «Stroffkatoc», a la maldición negra.

Tombey suspiró.

—Le confieso que también a mí se me ha pasado gran parte de su hipótesis por la cabeza. Pero no sé... Hay algo en el fondo de este asunto que me dice que el camino que han seguido los acontecimientos es otro.

A MacDonald se le enfrió el entusiasmo.

—¿Otro?

—Sí, aunque carezco de todos los datos para definirlo. En fin, vayamos a almorzar y confiemos en que la suerte no siga mostrándonos

su cara adversa. ¡Ah! Y le felicito por su trabajo; siga así, MacDonald. Usted promete.

—Gracias, señor.

Todos los periódicos de la tarde y los boletines radiofónicos dedicaban gran espacio al tema que absorbía la atención general; los misteriosos asesinatos acaecidos en la casa de huéspedes de la señora Ross, la funesta leyenda del «Stroffkatoc», y la novedad del día. La llegada del inquietante profesor Edgware.

—El superintendente está que echa chispas, Tombey. Y la prensa empieza a despellejarnos.

—Eh cierta manera es lógico, señor. Parece inconcebible que a estas alturas estemos tan a ciegas como al principio.

Jorge Warren, inspector principal de Scotland Yard y una de las eminencias de la policía británica, quedó mirando a su subordinado. Tenía el pelo ralo y gris, ojos claros bajo espesas cejas, la nariz larga y ancha, voluntarioso mentón y grandes orejas rojas y carnosas.

—Eres uno de mis mejores hombres, Tombey. Confío en ti y así lo he manifestado al superintendente, pero hay que encontrar rápidamente una pista o nos crucificarán. Hay que echarles algo a los chicos de la prensa antes de que nos asalten...

—Pues la carnaza va a ser exigua. Le diré que tengo; hemos investigado a fondo sobre los puñales y la opinión de museos y expertos es que no se ajustan a ninguna época determinada, y que su antigüedad no va más allá de los cien años. Tampoco figuran en ningún catálogo de subastas o colecciones particulares de ese tipo de armas. En fin, un callejón sin salida. En cuanto a los posibles móviles nos movemos en un mar de confusiones, si bien la primera víctima, el usurero, era un hombre que podía ser odiado por sus actividades de rapiña y haber muerto a manos de algunos de los infelices que cayeron en sus garras, no sucede lo mismo con las otras dos; el agente de seguros y el militar retirado, que llevaban una existencia corriente. Hemos investigado sus vidas y hasta ahora no hemos encontrado nada excepcional que justifique tan trágico final.

—¿Algo que pueda relacionarlos entre sí?

—Nada; ni el comandante Bertín ni Eric Scott conocían al usurero.

—¿Ninguna huella?

—En absoluto... aunque el doctor Pyne, el forense, tiene una teoría; por el ángulo de las cuchilladas de abajo arriba; y por la fuerza puesta en juego para hundir los puñales hasta el mango a veces quebrando algún hueso, el doctor Pyne cree que el asesino debe ser un hombre de buena estatura y de un poderío muscular no muy común.

—Eso puede ser muy interesante.

—Además tengo algo de mi propia cosecha: en los rostros de las tres víctimas he encontrado la misma expresión de alucinada sorpresa. ¿Qué quiere decir esto? ¿Cómo un hombre de nervios templados como el comandante Bertín se deja matar sin utilizar el revólver que llevaba en la mano? Lo único que se me ocurre es que ese reflejo de sorpresa impreso en sus facciones en el momento mismo en que el acero se abre paso en sus carnes, se debe a que la muerte le es causada en un momento inesperado y por alguien de quien jamás había llegado a desconfiar. Tomemos por ejemplo el caso del comandante Bertín, era un hombre acostumbrado al riesgo, se encontraba armado y dispuesto a repeler el peligro viniese de donde viniese. Pues bien, sabemos que Bertín se encontraba sentado en una butaca pues hemos encontrado en ella restos de la ceniza de un cigarro que se fumó, y en un momento dado se levanta y avanza unos pasos aparentemente hacia el reloj que tenía enfrente, pero también pudiera ser que Bertín viese o notase que alguien bajaba por las escaleras que están al lado y se adelantase para recibirle. Esto implica que el comandante no guardaba la menor suspicacia hacia aquella persona, tanto es así que llegaron a clavarle el puñal sin que utilizase su pistola que en ningún momento soltó...

Warren movía la cabeza asintiendo.

—... Ahora bien, ¿quién podía ser aquella persona? ¿Uno de los habitantes de la casa? Aquella noche dormían en ella cinco personas; los dos estudiantes y el señor Seller, el bibliotecario, como huéspedes. Y la señora Ross y su vieja sirvienta, Amy. ¿Quién de ellos se deslizó por las escaleras y mató al comandante? Los dos estudiantes son jóvenes de diecisiete y diecinueve años respectivamente; Amy, la sirvienta, es sexagenaria. Queda la señora Ross y el señor Seller; este último es un sujeto taciturno y cree fanáticamente en que el «Stroffkatoc»... la maldición negra, es el causante de todas las muertes.

—Es obvio que a Bertín la presencia del señor Seller, por el que no siente excesivas simpatías, le pondría en prevención. Por lo que es difícil que pudiera ser asesinado sin que se defendiera.

—Por último tenemos a la señora Ross. El comandante llevaba algún tiempo hospedándose en su casa y probablemente jamás se le ocurriría que ella pudiese ser una asesina.

El inspector principal dejó de dar vueltas entre sus dedos al reluciente cortaplumas.

—¿De veras piensa usted que la señora Ross sea la autora de tres crímenes?

Tombey movió negativamente la cabeza.

—Ni por asomo.

—Tombey, he de reconocer que este es el caso más laberíntico con que me he topado a lo largo de toda mi vida profesional; demostraré lo

buen policía que es resolviéndolo.

El inspector se incorporó.

—Si lo consigo o no, está aún por ver, señor; pero le prometo que pondré todo mi empeño en ello.

—Espere un momento, Tombey... ¿Qué es en realidad lo que se propone hacer ese profesor Edgware?

—Según la leyenda, el Diablo introdujo a uno de sus servidores más terribles en el interior del «Stroffkatoc», a Krippton, y si ese reloj es el auténtico «Stroffkatoc» el profesor Edgware espera que Krippton responda a sus llamadas.

—¿Qué opinión le merece ese profesor?

—No es ningún farsante, desde luego que no. Sus ojos son como dos abismos atrayentes.

—¿Va a asistir a la prueba?

—Eso pienso.

Se encontraba en la puerta cuando Tombey giró y miró a su superior.

—A veces también llego a estimar que pudiera ser cierto eso de la maldición negra. Es solo un instante, pero la duda se filtra corrosiva en mi mente hasta que mi raciocinio de hombre del siglo XX, la expulsa. Ahora, al conocer al profesor Edgware, me siento todavía menos seguro de mi moderna filosofía. Ese hombre irradia una extraordinaria fuerza.

—No se deje influir, Tombey. Hay muchas personas que poseen ese magnetismo y no creen en fantasías de la especie del «Stroffkatoc». Puedo asegurarle algo: nada saldrá de esa experiencia. Conozco a los tipos de la calaña del profesor, raramente se pronuncian categóricamente, le dan largas; eso les conviene para seguir manteniendo el misterio y la atención de la gente.

Las palabras de su jefe no le sirvieron de mucho. El escepticismo es un arma de doble filo, y en aquel caso hasta el más escéptico tenía que reconocer la existencia de oscuras lagunas...

Sobre las siete abandonó el edificio policial. El profesor pensaba realizar sus invocaciones a Krippton alrededor de la medianoche y quería estar relajado y tranquilo para entonces. Una opípara cena contribuiría a espantar las tinieblas que empezaban a inundar su cerebro.

Capítulo 8

LA INVOCACION

M

IENTRAS su esposa brujuleaba en la cocina preparando la cena, Tombey se encontraba despatarrado en el sofá con la cabeza hacia atrás, los ojos semicerrados y un vaso con un dedo de *whisky* en las manos. Sus dos hijos jugaban en un rincón del salón sin, cosa anormal, enzarzarse en una de aquellas ruidosas disputas.

Del aparato de radio brotaba una suave melodía que invitaba a la ensoñación. Todo hubiese sido perfecto, pensó Tombey, sin la barahúnda de ideas, suposiciones y cábalas que hervían incansablemente en su cabeza. Nunca hasta entonces, su profesión había conseguido arrebatarse el descanso de aquel modo, normalmente solía dejar las preocupaciones del trabajo en su mesa de despacho y no se hacía cargo de ellas hasta la mañana siguiente. Pero aquel extraño caso le perturbaba durante todos los minutos del día; hasta su esposa comenzaba a reprocharle que estuviese siempre con la mente ausente.

—Deja reposar el cerebro —le había dicho Dora—, con tanto darle vueltas a los pensamientos, solo lograrás embarullarlos más.

Y tenía razón. Pero no podía evitarlo, aquel asunto, cualquiera que fuese su solución, pasaría a los anales del crimen con letras doradas. Y lo triste de todo era que se sentía impotente para triunfar frente a él... Tampoco ignoraba que de no prosperar pronto en sus investigaciones, sus jefes le retirarían la confianza y sería apartado. Aquel constituiría el primer y gran fracaso en su carrera...

La dulce música había dado paso a la voz engolada de un locutor. De pronto un hombre reclamó la atención del policía hacia el aparato de radio.

—«... en nuestros estudios se encuentra el profesor Edgware, que ha llegado esta mañana a Londres procedente de Francia, donde tenía contratadas una serie de conferencias. El profesor Edgware es una de las máximas autoridades en lo que se ha venido a llamar Ciencias Ocultas; su libro “Los Secretos del Vudú” es obra obligada para los que pretenden iniciarse en estas esotéricas e inquietantes materias. Profesor, ¿es cierto que para documentarse sobre el vudú pasó usted dos años en Haití conviviendo con los adoradores de dicho culto?

»—Efectivamente.

Los micrófonos no conseguían alterar su voz profunda y personal.

»—Pasaría usted por extraordinarias experiencias.

»—Desde luego, tanto es así, que cuando regresé a la civilización tuve que ingresar en un sanatorio mental. Estuve en un tris de volverme loco.

»—¿Tan espantoso fue?

»—Por mis ojos desfilaron escenas de pesadilla. Esa fue la causa de que mi libro, en el que se recogen esas alucinantes vivencias, fuese en un principio contestado por casi todos los especialistas. La verdad es que cuesta creer que en pleno siglo Veinte sucedan cosas propias de las épocas más tenebrosas.

»—Profesor, usted ha cancelado su ciclo de conferencias en Francia para venir a Londres, atraído por las misteriosas muertes acaecidas en estos últimos días, y sobre todo por esos rumores que han transcendido a periódicos y emisoras de radio, relativas al “Stroffkatoc”, a la maldición negra. ¿Qué credibilidad le merece a usted ese objeto diabólico... el “Stroffkatoc”?

»—El “Stroffkatoc”, la maldición negra, es legendario y conocido por todos aquellos que abordamos con cierta erudición estos singulares temas. No se trata únicamente de una leyenda que el vulgo ha propalado a lo largo de los años, existe documentación, muy dispersa y controvertida, hay que reconocerlo, pero más que suficiente y con las garantías necesarias para que cualquier estudioso serio comprenda que, ineludiblemente, el “Stroffkatoc” es algo más que una alambicada fantasía.

»—Profesor, la gente que puebla un mundo civilizado como el nuestro se resiste a asimilar tales cosas. La era de la superstición y las tinieblas han quedado muy atrás y de estos temas solo se ocupan los escritores de cuentos de horror y algunos investigadores como usted. Además, el público está acostumbrado a que las manifestaciones de las fuerzas ocultas estén circunscritas a antiguas casas embrujadas, o en reliquias de ritos ominosos... pero no en un reloj.

»—Eso es debido a la ingenuidad popular sobre la materia. Lucifer y sus acólitos pueden utilizar los más dispares medios en su tarea de perversión del alma humana. Con idéntica y nefasta fama figuran “La Venus de Tronni”, estatua de piedra que representa a una mujer de perfecta hermosura que fue encontrada de forma casual en Tronni, pueblecito del norte de Italia, donde tras su descubrimiento comenzaron a ocurrir inexplicables y horrendos sucesos. Cabe mencionar también “La Cruz de Bettergon o La Cruz Partida”, objeto terrible que apareció durante la restauración de un monasterio en la Baja Sajonia; igualmente, no podemos olvidar “El Espejo Oscuro”, atroz artificio de locura y muerte... Y podría mencionarle hasta media docena más.

»—Así pues, la maldición negra no es algo excepcional.

»—No, no lo es.

»—Ciñéndonos a las muertes que actualmente tienen en suspense a todo Londres y en las que el “Stroffkatoc”, según algunos, parece estar implicado, ¿qué opina usted?

»—Solo puedo decir que he visto al supuesto “Stroffkatoc” superficialmente y sus características coinciden con las descritas por los más solventes autores que se han ocupado de la maldición negra. Aunque esto, por sí mismo no es nada concluyente.

»—¿Qué se requiere para poder afirmar si ese reloj es o no el “Stroffkatoc”?

»—En el “Stroffkatoc” mora uno de los demonios más temibles de los Infiernos, ¡el cruel Kriptton! Y esta noche me propongo invocarle para dilucidar si verdaderamente ese reloj es la maldición negra.

»—¿Y eso no puede ser peligroso?

»—Naturalmente, siempre existen riesgos.

»—¿Incluso de muerte?

Durante unos segundos el receptor de radio enmudeció.

»—Incluso de muerte —señaló algo afectadamente el profesor.

»—Si como usted está poniendo de relieve, la maldición negra sobrepasa la categoría de mera leyenda, ya que existen documentos y estudios al efecto, ¿por qué la policía londinense se muestra reiteradamente escéptica al respecto?

»—Esta pregunta la podría contestar mejor que yo la propia policía. No obstante, puedo decir que tal actitud no difiere de la adoptada por otras policías del mundo ante hechos de tal índole. Los poderes públicos son siempre reacios a aceptar nada que se salga de sus leyes y reglamentos.

»—¿Qué pasará si ese reloj es el “Stroffkatoc”?

»—Bueno... no creo que lo que yo pueda decir influya en Scotland Yard. Si es a eso a lo que se refiere...

»—Legalmente parece ser que el reloj pertenece a la señora Ross, dueña de la casa de huéspedes en la que han tenido lugar las dos últimas muertes. ¿Qué piensa usted que hará con él si resultara ser el “Stroffkatoc”?

»—La señora Ross se muestra ansiosa por ver desaparecer el reloj de su casa. La pobre mujer está muy impresionada por el trágico fin de sus huéspedes. Sin embargo, ya le he advertido que si fuese el “Stroffkatoc” podría ganar una fortuna vendiéndolo a alguna secta satánica.

»—¿Secta satánica? ¿Es que realmente existen?

»—Desde luego que sí. Nunca han desaparecido por completo.

»—¡Señoras, señores, hasta aquí las interesantes declaraciones del profesor Edgware que nos han sido ofrecidas por gentileza de...!»

Tombey se levantó y apagó la radio. Tenía los labios prietos y el

El profesor Edgware permaneció encerrado en su habitación hasta las diez y media. A esa hora realizó una frugal cena que concluyó con un brebaje aromático de hierbas secas que le proporcionó la señora Ross. Los dos estudiantes habían abandonado la casa a instancias de sus padres, alarmados porque sus hijos viviesen en un lugar donde sucedían tan espantosos hechos.

A la señora Ross se le notaba nerviosa y muy asustada. Por su actitud daba a entender que no esperaba nada bueno de lo que se avecinaba.

El señor Seller por su parte hubiese sido incapaz de ocultar su clara efervescencia: le temblaban las manos, los ojos le relucían y se pasaba continuamente las manos por el rostro. Así exteriorizaba la emoción que le embargaba por encontrarse en la antesala del instante supremo.

El inspector Tombey aparentaba una calmosa paciencia que no se correspondía con las encontradas turbulencias de su interior. Había preferido aguardar a que terminase aquel insólito acto para interrogar al bibliotecario sobre su deuda con el usurero, al que había negado conocer.

El profesor Edgware, más que protagonista, parecía completamente ajeno a lo que allí iba a tener lugar.

A las doce menos cuarto se declaró dispuesto. Su cara estaba impasible y exangüe como la de un cadáver y tenía la mirada vacía. Tombey se dijo que si el inspector principal, el señor Warren, estuviese presente, no dudaría en calificar aquello de teatral. Empero, él tenía que admitir cuando menos, que se sentía ofuscado.

—Profesor, si me necesita puedo ayudarle en el ceremonial —se ofreció el excitado bibliotecario.

Este rechazó la propuesta.

—Nadie que no esté lo bastante iniciado en los ritos satánicos puede servirme de ayuda alguna.

Dicho esto saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió al saloncito, cerrando ambas puertas tras sí.

La agitación de Tombey alcanzó niveles insospechados. Encendió un cigarrillo con manos no muy firmes.

—¿Tendría la amabilidad de servirme un poco de coñac, señora Ross? —solicitó—. Todo esto me confunde, no sé si echarme a reír o a temblar.

La mujer no dijo nada. A los pocos segundos regresó con una bandejita y una copa mediada de dorado licor. El bibliotecario era abstemio, así que el policía bebió en solitario.

Los minutos fueron transcurriendo con una lentitud exasperante. El silencio entre los dos hombres y la mujer se había convertido en algo sólido y abrumador. Antes de finalizar el cigarrillo, Tombey había dado buena cuenta del licor.

La señora Ross había adoptado una postura desmayada. Tenía los ojos casi cerrados y respiraba por la boca. Su alba tez había tomado un tinte amarillento debido a la claridad poco potente de las lámparas.

El señor Seller permanecía con los codos apoyados en las rodillas y el estrecho rostro entre las manos. El inspector creía sorprender un vislumbre demencial en sus ojos.

Cinco minutos antes de la medianoche el bibliotecario se levantó de su asiento y con una disculpa, marchó al excusado. Esto representó un alivio en la tensa atmósfera. Tombey encendió otro cigarrillo e intercambió una mirada con la mujer que se mantenía ahora más erguida y animada.

Inopinadamente, las puertas del saloncito se abrieron de par en par y la elevada figura del profesor Edgware apareció ante ellos.

La señora Ross lanzó un estridente y largo aullido de terror llevándose ambas manos a los ojos. El mismo policía sintió que el vello de la nuca se le erizaba...

¡Delante de ellos, con uno de aquellos puñales hundido en mitad del pecho, el profesor Edgware les miraba lívido y descajado, con la boca abierta en un angustioso intento de decirles algo...!

Antes de que el policía acertara a dar un paso, el especialista en Ciencias Ocultas cayó de bruces, tieso como un poste... Aquello representó un *gong* en el cerebro de Tombey que echó mano a su pistola, precipitándose al interior del saloncito en el preciso momento que del pecho de ébano escapaban tremolas y siniestras las campanadas de medianoche.

Los ojos de Tombey recorrieron desesperados la estancia que permanecía en perfecto orden. De pronto discernió el único detalle discordante iuna de las ventanas estaba abierta!

Corrió hacia ella y miró al exterior. La noche, fría y oscura no le reveló nada. Saltó por la ventana y cayó en un sendero enarenado que crujió bajo los zapatos.

Siguió aquel sendero delimitado por altos setos, trazó un arco en torno a la casa y fue a parar a una puerta de servicio. La empujó con todas sus fuerzas, pero no consiguió nada; estaba bien cerrada.

Perdió unos segundos en decidirse a registrar el pequeño jardín. La luz de su linterna recorrió todos los posibles escondrijos sin encontrar nada anómalo.

Volvió junto a la ventana y saltó al interior de la casa. Encontró a la señora Ross convulsa por el llanto, histérica... y al señor Seller observando idiotizado el cadáver.

Tombey le encañonó con su arma.

—¡Levante las manos! ¡Sí, no finja! ¡Me parece que se ha pasado de listo, señor Seller!

★ ★ ★

—No pareces muy satisfecho, muchacho.

Tombey, que desde la ventana contemplaba el plomizo cielo que a no tardar mucho descargaría sobre la ciudad raudales de agua, se volvió para recibir a su superior, el inspector principal Warren, al que no había oído entrar.

—Pues no, señor, mentiría si afirmase lo contrario.

—¿No estás seguro de que ese bibliotecario sea el autor de los crímenes?

—Me asaltan dudas que no soy capaz de rechazar; carezco de repuestas para muchas cuestiones.

—Raramente se consiguen en su totalidad. Pero debes tener confianza, durante la instrucción de la causa y el desarrollo del proceso irán apareciendo. Yo, por mi parte, abrigo la esperanza de que ese hombre terminará confesándolo todo... Por otro lado, está suficientemente claro que fue él quien mató al profesor Edgware. Nadie más, a excepción de la señora Ross y tú, estaba en la casa, y la señora Ross no pudo hacerlo porque no se separó un momento de ti. No hay duda de que el bibliotecario, con el pretexto de ir al excusado, lo que hizo fue salir al jardín por la puerta de servicio, rodear los setos e introducirse por la ventana que había tomado buen cuidado de que estuviese solo encajada. Mató al profesor, volvió a salir por la ventana y recorrió el mismo camino. Cerró la puerta de servicio y se apresuró a presentarse en el lugar en que estabas aguardando... Sin embargo, en esta ocasión la suerte le jugó una mala pasada; en sus prisas no encajó convenientemente tras sí la ventana, y lo que menos imaginó fue que el profesor Edgware reuniese fuerzas para poder llegar hasta la puerta y aparecer ante ti. Ninguno de los que esperaban el resultado de tan insólita prueba tenía noción de cuanto podía durar esta. El profesor Edgware había advertido que por nada del mundo penetrasen en el saloncito, que tuviesen paciencia... De esta manera, podía haber amanecido y seguirían a la expectativa, aunque para entonces tú ya no habrías estado permanentemente en contacto con la señora Ross, ya que seguramente habría visitado el retrete, ido a la cocina a beber agua o a hacer café, etc... Con lo cual ya no cabía señalar al señor Seller como único sospechoso.

—Lo que a mí de veras me preocupa es la aparente falta de móviles. ¿Por qué razón el bibliotecario asesinó al profesor?

—Si como suponemos es un demente, no son precisos móviles. Le

exterminó movido por un vesánico impulso homicida que para una persona cuerda resulta incomprensible.

Tombey se pasó la mano por la frente dubitativo.

—No dejo de repetirme todo eso una y otra vez sin que consiga convencerme. Una voz interior me angustia continuamente, diciéndome que estoy cometiendo un lamentable error... ¡Es que las piezas no encajan! ¿Cómo puedo aceptar que el comandante Bertín se dejase matar impunemente por el señor Seller teniendo un revólver en la mano? Bertín profesaba al bibliotecario un recelo que no se preocupaba en disimular, habría disparado sobre él nada más verle aparecer en el saloncito.

—Pudo ser un ataque inesperado.

—¿Inesperado?

—¿No ha tenido en cuenta la posibilidad de que el asesino estuviese ya en el saloncito cuando Bertín llegó y esperó el momento más propicio para consumir sus cruentas intenciones?

Tombey sopesó un pisapapeles de hierro fundido.

—Todo es demasiado relativo, señor.

—El caso no está cerrado, ni muchísimo menos. Hay que seguir investigando, no sería la primera vez que nos hubiésemos equivocado de hombre. De cualquier forma, deteniendo al bibliotecario hemos obrado correctamente. No podíamos arriesgarnos a que permaneciese suelto y cometiese nuevas fechorías.

El inspector se mostró conforme.

—Voy a ir al hospital a visitar a la señora Ross; tras tanto horror esa pobre mujer no volverá nunca a ser la misma de antes. A punto ha estado de perder la cordura.

Warren abatió los ojos pesaroso.

—A veces no puede dejar uno de pensar en que alguna clase de maldición se ha cernido sobre la casa de huéspedes. Salvo los dos estudiantes que la abandonaron a tiempo, todos los demás han corrido una suerte fatal.

Tombey se dirigía a la puerta cuando le detuvo la pregunta de su jefe.

—¿Qué va a ser del reloj?

—Según mis últimas noticias un tal señor Guilfoyle, un galés que se ha hecho millonario en el Canadá y que es conocido por sus excentricidades, ha ofrecido por él una sustanciosa suma. Es indubitable que en el momento que el juez lo autorice, la señora Ross se deshará de él sin perder un segundo.

—El dinero no es el mejor consuelo para alguien que ha visto peligrar su lucidez debido al pánico experimentado, pero puede proporcionarle la placidez necesaria para ahuyentar los malos recuerdos.

Tombey hizo un ademán aprobatorio y salió.

Capítulo 9

EL COLECCIONISTA

Afuera de Londres, 26 de marzo 1980

L

A tempestad descargaba iracunda sobre Rednor House, edificio inmenso y sombrío anterior a la era victoriana. La luz cárdena de los relámpagos recortaban su cuadrado contorno de mansión-fortaleza bajo un cielo negro y diluviente.

Rubén Parsons, mayordomo de Rednor House, contemplaba silenciosamente tras la ventana los turbiones de agua que azotaban el follaje del exuberante jardín. Era un hombre alto, estilizado, de una rigidez exagerada y artificiosa. Su cara autoritaria e inquisitiva estaba en consonancia con aquel porte de autómata.

Abandonó su puesto de observación y de un trago apuró la copa de brandy que sostenía entre los dedos. Cualquier observador no demasiado avezado habría descubierto que en medio de sus endrinos ojos había el destello característico que solo el alcohol hace aparecer. A pesar de todo, la voz algo cortante de Parsons sonó perfectamente serena y dominante.

—Señora Pengelley, puede usted ordenar a la servidumbre que se retire.

La señora Pengelley, la cocinera, mujer de cuerpo hombruno y rasgos irregulares, no dio la sensación de haber escuchado. Aunque a los pocos segundos dirigió una mirada no muy cordial hacia el mayordomo como mandándole al diablo. Denotaba con esto no sentirse muy amilanada por la imperiosidad del mayordomo.

Por su parte, este actuó como si la mujer ya hubiese desaparecido. Se sentó en una silla de alto respaldo, volvió a llenar la copa vacía y apoyó sus flacas piernas en el borde de la larga mesa. Momentos después la señora Pengelley salía del comedor de la servidumbre sin dignarse desear las buenas noches al mayordomo que tampoco dio muestras de reparar en este detalle.

Cerca de una hora más tarde la copa de brandy había sido llenada y vaciada varias veces y la reverberación de los ojos del mayordomo se había hecho más intensa y fluctuante. Al abandonar su cómoda postura y erguirse se tambaleó ligeramente, pero recuperó la verticalidad y se

movió enhiesto y preciso como un muñeco mecánico.

Preparó una bandeja de plata con una botella del mejor coñac francés y una tallada copa. La tomó en su mano y sin una vacilación, se dirigió al interior de la casa.

Todo estaba silencioso, los criados hacía rato que dormían y el ulular del temporal no conseguía atravesar los anchos muros.

Parsons llegó a la puerta de la biblioteca en el justo momento que las doce campanadas de medianoche rompían el espeso silencio de la mansión. Aquello produjo en el mayordomo un ligero sobresalto.

Golpeó por tres veces la madera de nogal de la puerta y acto seguido empujó, penetrando en una estancia con las paredes forradas de libros, artesonado en el techo y decorada con pesados y añejos muebles.

—Señor Guilfoyle, ¿le despierto mañana a las ocho? —preguntó con su puntual tono de respetuosidad, mientras dejaba la bandeja sobre una mesita de té.

Al no obtener respuesta el mayordomo dirigió sus brillantes ojos al rojo sillón de terciopelo y lo halló vacío... El desconcierto asomó a su cara y su mirada saltó de un lado a otro de la amplia estancia tenuemente iluminada.

Encontró la grotesca figura del señor Guilfoyle yaciendo encima de la gran alfombra persa, con sus cortas piernas abiertas y el cinturón de la bata de seda desanudado, permitiendo ver el nacimiento de la pronunciada curva de hinchado vientre. El mayordomo avanzó unos pasos...

—¡Señor Guilfoyle!

La respuesta fue nula. El embriagado criado no comprendió que su señor estaba muerto hasta que vio el mango de un puñal que se había hincado muy hondamente en el medio de la blanca pechera, tinta ahora por la sangre.

—¡Por todos los Santos...!

Desde la faz abotagada y deforme, los empañados ojillos del millonario, casi enterrados en la carne, miraban sin ver el rico artesonado de roble del techo...

★ ★ ★

El insistente repiqueteo del teléfono sacó al inspector Tombey del fantasioso mundo de los sueños. Instintivamente, alargó la mano apretando el interruptor de la lámpara y, todavía con los ojos cerrados, tanteó la mesilla en busca del aparato.

—Tombey al habla... —musitó con voz pastosa cuando consiguió atraparlo.

—Soy MacDonald, señor. Ha habido un nuevo asesinato.

El policía sacudió la cabeza para despejar las últimas nieblas de su

cabeza.

—¿Cómo dice? ¿Un nuevo asesinato?

—Así es, señor. Dentro de quince minutos estaré en su casa para recogerle.

—¡Eh, eh! Espere un momento, muchacho. ¿Por qué me despierta a estas horas? Eso es competencia de los inspectores de guardia.

La voz del detective sonó lúgubre.

—Todo ha vuelto a empezar, señor. ¡Otra vez la maldición negra!

Tombey se despabiló al instante.

—¡La maldición negra! —repitió demudado.

—El señor Guilfoyle ha sido encontrado muerto en Rednor House con uno de esos extraños puñales clavados en el pecho. Lo descubrió su criado cuando fue a llevarle una botella de brandy, justo en el preciso momento que ese funesto reloj anunciaba la medianoche. Cómo ve, todo semejante a las otras muertes.

—Sí; por lo menos ahora no podemos cometer la tontería de culpar a un inocente.

—No debe reprocharse nada, señor. No podía hacerse otra cosa.

—Flaca disculpa. Bien, MacDonald, le espero.

Colgó el teléfono y abandonó el lecho procediendo a vestirse. Su esposa se despertó.

—¡Fred...! ¿A dónde vas?

—Me han llamado del Yard, se ha cometido un nuevo crimen. La víctima es el señor Guilfoyle, el millonario que adquirió el reloj de la señora Ross. La pesadilla vuelve a iniciarse.

Su esposa guiñó los ojos.

—Pero...

—Estaba a punto de juzgarse a un inocente. ¡Me lo decía el corazón! Nunca tuve fe en la culpabilidad del señor Seller.

—Entonces... ¿qué va a pasar ahora?

El gesto de Tombey fue sombrío.

—No lo sé... ¿Quién puede saberlo?

Dora Tombey se estremeció.

—¡Dios mío! ¡Cuánto horror!

—Tendremos que empezar a dar crédito al maleficio del «Stroffkatoc».

—Es imposible que en estos tiempos sucedan cosas tan tremebundas. Es irracional...

Su marido la envolvió en una mirada.

—¿Oyes el bramido de la tormenta? Pues al igual se encuentra la mente del hombre frente al misterio de la vida y la muerte; con algunos relámpagos de luz cercados por inexplicables y amenazantes sombras.

La mujer no contestó, aunque en su fuero interno se dijo que aquel espinoso caso estaba afectando nocivamente a su esposo.

—Me levantaré y te prepararé un poco de café.

—Nada de eso, MacDonald estará aquí dentro de unos minutos. Intenta nuevamente conciliar el sueño, ya tomaré algo por ahí.

Minutos después enfilaban las solitarias calles batidas por la lluvia. El agua caía torrencialmente y el limpiaparabrisas se veía impotente para mantener limpios los cristales.

Al salir de la ciudad, notaron más fuertes los bandazos del viento y el aguacero se convirtió en un verdadero diluvio. La luz de los faros apenas si conseguía clarear unos metros por delante del automóvil.

—¡Vaya nohecita! —murmuró MacDonald por lo bajo.

Doblaron hacia la izquierda, por una carretera estrecha y bordeada de árboles entre cuyas ramas rugía el vendaval. La cinta de asfalto era una verdadera laguna por lo que se vieron en la necesidad de aminorar la marcha.

Y de pronto, casi repentinamente, divisaron por entre la cortina de gua la austera silueta de Rednor House.

—¡Qué caserón! Parece sacado de una de esas películas de terror.

El comentario del joven detective hizo que Tombey se fijara en la maciza estructura que a intervalos desvelaba sus formas antiestéticas al resplandor de los relámpagos.

El coche atravesó una alta verja y penetró en un vasto jardín cubierto de grandes charcos. Había otro auto policial junto a la gran puerta de entrada.

Momentos después penetraban en un vestíbulo de considerables dimensiones, sacudiéndose las gotas de lluvia. Les recibió un tipo de cara lívida y estirado como un huso, que parecía el mayordomo.

—Soy el inspector Tombey —anunció este.

El criado se inclinó ligeramente.

—Me llamo Rubén Parsons, señor. Soy el mayordomo.

—¿Usted fue quien encontró el cadáver?

—Ciertamente.

—Bien, condúzcanos al lugar de los hechos.

En la espaciosa biblioteca se encontraba un equipo de huellas realizando fotografías y husmeando por todas partes. Casualmente el forense era el mismo doctor Pyne que nada más ver a Tombey se dirigió hacia él.

—Muchacho —le dijo—, en más de una ocasión le expuse mi convencimiento de que este sería un caso enrevesado. Ahora añado más; es endiablado. La papeleta que le ha tocado en suerte no es nada envidiable.

Tombey se encogió de hombros con resignación.

—¿Algo de particular? —inquirió luego.

—Nada, la puñalada en esta ocasión está situada bastante más a la derecha, aunque en la misma trayectoria de arriba abajo. Yo creo que el

señor Guilfoyle ha tenido verdadera mala suerte, ya que por unos milímetros la herida ha resultado letal. El arma empleada es gemela a las anteriores.

El inspector se aproximó al cadáver. En el momento de su muerte, el millonario calzaba una especie de sandalias de corte asiático y suelas de un material que parecía vegetal y de un grosor considerable. Uno de los pies estaba fuera de estas sandalias, un pie diminuto, ancho y enfundado en un calcetín color crema. Tras este escrutinio, los ojos de Tombey volaron hacia la negra presencia de ébano. Durante un largo minuto la expresión del hombre no acusó alteración alguna, tal y como si hubiese quedado petrificado. Pasado este marasmo, tuvo un parpadeo y se dio media vuelta muy lentamente.

—MacDonald, avisa al mayordomo de que deseo hablar con él.

Poco tiempo después Tombey tenía ante sí la pálida faz de Parsons que, pese a sus esfuerzos, se le notaba muy conturbado por el mal momento vivido.

—Imagino que ustedes estarían al tanto de la nefasta fama que arrastra ese reloj.

—Por supuesto, inspector. ¿Cómo íbamos a desconocerla cuando ha levantado tanta polvareda?

—¿Y no sintieron ningún temor cuando el señor Guilfoyle lo metió en casa?

—No nos hizo mucha gracia, eso es lo cierto. Pero no nos quedaba más camino que conformarnos o despedirnos. Y como la policía decía que había atrapado al asesino... Comprenderá usted que nadie tira su empleo por la borda por algo sin fundamento. Y el señor Guilfoyle pagaba dadivosamente.

Tombey se mostró de acuerdo.

—¿Cuánto tiempo lleva exactamente aquí el reloj?

—Diez días, señor.

—Diez días... —reiteró reflexivo el inspector.

—Precisamente en la misma fecha que lo trajeron, partió el señor Guilfoyle hacia Edimburgo.

—¿Sí? ¿Y cuándo regresó?

—Ayer mismo, señor.

—¿Sobre qué hora?

—Al mediodía.

—¿Y a qué hora se acostó?

—Pasada la una de la madrugada.

—¿Estuvo esa noche también trabajando hasta esa hora en la biblioteca?

—No, el pobre señor Guilfoyle asistió a una reunión de negocios que se prolongó más de lo que esperaban... Al menos, esa fue la versión que a mí tuvo la amabilidad de darme.

—Muy bien... Ahora dígame usted, ¿esas raras sandalias que el dueño de la casa llevaba cuando le asesinaron, se las ponía muy a menudo?

—Pues no; como usted seguramente sabrá, inspector, el señor Guilfoyle tenía unos gustos un tanto estrambóticos. Se gastaba ingentes sumas de dinero en objetos exóticos o extravagantes.

—Conozco esa particularidad del carácter del difunto.

—Pues esas sandalias era una de esas rarezas. Las compró en Tailandia, al parecer tienen propiedades mágicas o algo por el estilo.

—¿Y por qué razón no las usaba con frecuencia?

—Muy sencillo; hace solo un par de semanas que las tenía en propiedad, y como de este tiempo estuvo diez días fuera... Se las habrá calzado en tres o cuatro ocasiones, y no puede decirse que le hayan producido un efecto benefactor.

—No, no puede decirse... Muy bien, señor Parsons, le agradezco su colaboración.

—Era mi deber, inspector. Solo deseo que cojan al criminal y lo lleven a la horca cuanto antes.

—Puedo asegurarle que comparto ese sentimiento. Muchas gracias.

Al quedar solo, una sonrisa indefinible cruzó por el semblante del policía.

Capítulo 10

EL CEBO

£

L inspector principal Warren balanceó su cabeza con gravedad.

—Tú mejor que nadie sabes a lo que te expones, Tombey. Recuerda lo que le sucedió al comandante Bertín y al profesor Edgware.

—Es necesario acabar de una vez con este angustioso estado de cosas. Debo intentarlo.

—¿Se lo has dicho ya a tu esposa?

—No, y no veo por qué tendría que hacerlo. Cuando se casó con un policía conocía perfectamente los riesgos de la profesión, sería ridículo que cada vez que afrontase una situación peligrosa tuviese que consultarle.

Las pobladas cejas de Warren se juntaron mientras se pellizcaba una de sus rojas y voluminosas orejas.

—Sabes perfectamente que lo que te propones no es nada usual, Tombey.

—Mire, señor. Está meridianamente claro que en todas las muertes se dan estos condicionamientos; el reloj está presente, la hora fatal se sitúa minutos antes de medianoche, y el arma es invariablemente la misma. Esto es lo incuestionable, en casi todo lo demás pisamos terreno movedizo, y no voy a consentir que muera más gente, mientras nosotros naufragamos una y otra vez en un mar de conjeturas. Estoy dispuesto a servir de cebo para atrapar al asesino; pasaré una noche frente a ese malhadado reloj.

La mirada taladrante de Warren se paseó por la cara de su inferior.

—Tombey, tú me estás ocultando algo.

—No... no comprendo, señor —repuso este.

—Algo tienes en la cabeza, lo intuyo.

Tombey esbozó una forzada sonrisa.

—Es usted muy perspicaz; lo cierto es que sí —convino—, aunque le rogaría que me permitiese no darle explicaciones —y al levantar el inspector principal el mentón con extrañeza, agregó—: La razón fundamental es que la idea es tan inocente y terrible a la vez que casi me da rubor exponerla.

—Está bien —concedió—, puedes obrar a tu libre albedrío. ¡Y ojalá resulte! La prensa se ha lanzado sobre nosotros como lobos

hambrientos, si no hacemos algo positivo enseguida nos mandarán a dirigir el tráfico. Pero ante todo ten mucho cuidado, muchacho.

—Lo tendré, señor. Por nada del mundo quisiera engrosar la lista de víctimas.

Les interrumpió la entrada de un individuo de sobria elegancia, gafas ahumadas, aladares plateados y recortado bigote.

Los dos hombres se levantaron al unísono. El inspector principal Warren se apresuró a cederle su asiento de detrás de la mesa.

—Superintendente...

El recién llegado no atendió a la cortesía. El superintendente Grossmith a despecho de haberse educado en Oxford, tenía unos modales bruscos que en ocasiones rayaban la zafiedad.

—Me alegro de encontrarles juntos —dijo por todo saludo.

—Estamos a su disposición, superintendente.

Grossmith centró su atención en Tombey. Su cara mostraba algunas marcas de viruela y en la mejilla izquierda se veía una hendedura, estigma producido por una bala alemana en la última guerra mundial.

—He recibido una llamada del secretario del Ministro —informó hablando para ambos pero con sus ojillos sin color fijos en el inspector —, es casi superfluo señalar que no ha sido para felicitarnos —y levantando más el tono de voz—. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a tan bochornosa situación? Cinco personas han sido asesinadas. ¡Cinco! y ustedes andan todavía pegando palos de ciego.

—Señor...

—¡No me interrumpa, Warren! —ladró el irascible Grossmith. Y encarándose con Tombey, espetó—. Es realmente descorazonador que mataran al profesor Edgware a pocos metros de sus narices.

—Me fue imposible impedirlo, señor.

—Muchacho, hasta ahora tenía un historial brillante, pero es evidente que ha dado con la horma de su zapato. Este caso le viene holgado... —y acto seguido, más suavemente—. No pretendo herirle, Tombey, sé que es un buen elemento; lo que sucede es que a veces por circunstancias ajenas a nosotros o por cansancio, no rendimos lo que debiéramos. Opino que lo más acertado es que se tome usted unos días de asueto. El inspector Brownlow proseguirá con las investigaciones.

Tombey no acertó a responder. Le invadió un paralizante desaliento y paladeó la amargura de su gran fracaso. Después de aquello, le esperaba la más gris mediocridad...

Escuchó la voz de Warren que alegaba algo contra esta decisión de Grossmith.

—Superintendente, me permitirá una leve objeción.

Este arrugó el ceño.

—¿Sí?

—Precisamente en el momento de su llegada acababa de dar luz

verde a un arriesgado plan del inspector Tombey. Creo que debemos darle oportunidad de ejecutarlo, con veinticuatro horas tiene tiempo suficiente para ello.

La puntiaguda nariz del superintendente se distendió como si le faltase aire.

—¿Qué clase de plan es ese?

—El inspector Tombey se propone tender una trampa al asesino sirviendo él mismo como cebo. Desafiara al «poder» del «Stroffkatoc» pasando la noche a su lado.

Tras los cristales ahumados chispeó el interés.

—Eso puede encerrar un peligro mortal.

—Estoy preparado para conjurarlo.

Grossmith permaneció unos segundos en absoluto silencio.

—Está bien, Tombey, tiene esas veinticuatro horas... Supongo que habrá que entregar una nota a la prensa para dar publicidad a su intento con objeto de obligar al asesino a recoger el reto.

Tombey vaciló.

—¿Es necesario? Yo creo que el criminal acudirá a la cita sin necesidad de propalarlo.

El superintendente sacó unos dientes manchados de nicotina en una especie de media sonrisa.

—Es usted modesto y no quiere divulgar tal acto de valor, ¿no es eso? Le comprendo, muchacho, pero si hacemos que los diarios de la tarde y las emisoras de radio hablen de ello, el asesino no tendrá más remedio que intentar matarle a usted, o de lo contrario el macabro mito del «Stroffkatoc» se vendrá abajo.

—Tiene razón, señor —aceptó el inspector con desgana.

—Le deseo suerte, muchacho. ¡Atrápelo!

—Haré todo cuanto esté en mi mano, señor.

—Y tome todas las precauciones imaginables. Se enfrentará a una inteligencia sutil y tortuosa cuyo máximo afán será matarle. Emplee a todos los hombres que precise, tiene carta blanca. ¿Me ha oído, Warren?

—Desde luego, superintendente.

Grossmith dio un manotazo en el aire por despedida y abandonó el despacho del inspector principal con sus cansados andares.

Entre los dos hombres se cuajó el silencio.

—La delicadeza del superintendente debió quedarse en el vientre de su honorable madre —rezongó Warren.

—El señor Grossmith tiene razón, no puede decirse que mi actuación en este caso haya sido lucida.

—Pamplinas, Tombey. El asunto sobrepasaría a cualquiera.

—Brownlow es un buen detective.

—No voy a negarlo, es metódico y meticoloso. Pero no mejor que

usted, y me carga con su presuntuosa suficiencia. No lo soporto.

—Le agradezco el concepto que tiene de mí.

—No te estoy piropeando, sabes que la adulación no es mi fuerte. Y te diré más. Brownlow no tendría nada que hacer en un caso tan apartado de lo normal como este, él es bueno para investigaciones más rutinarias, se ajusta en todo momento a la teoría policial, lo cual es bueno la mayoría de las veces, aunque no todas. Y en esta no lo es; más que método se requiere cuquería, astucia...

★ ★ ★

La reacción de su esposa fue sorda y patética, apretó los labios hasta que se volvieron blanquecinos y se retorció las manos. Dora Tombey no era mujer propensa a reproches ni escenas de lloriqueos. De todas formas hubo una inflexión dramática en su voz.

—Jamás he osado inmiscuirme en nada relacionado con tu profesión, Fred. No habrás escuchado de mis labios la menor protesta aún cuando a veces había motivos para ello. Desde antes de casarnos comprendí que tu profesión sería, en cierta manera, mi rival. Pero sabía que no conseguiría apartarte de ella, ni yo lo pretendí nunca puesto que ello hubiese significado la destrucción de nuestra felicidad; luché para evitar roces con el segundo gran amor de tu vida, que es tu trabajo, y hasta ahora, haciendo muchas veces de tripas corazón, lo he logrado...

La voz de la mujer se quebró. Tombey estuvo a punto de decir algo, no obstante cerró la boca sin que de sus labios partiese palabra alguna.

—Fred, hasta ahora yo no desconocía los riesgos diarios a que te exponías. Y muchas noches, estando tú de servicio, me torturaron sangrientos sueños en los que te veía caer agonizante bajo las balas o el cuchillo de cualquier malhechor. Era algo lacerante, me despertaba con una gran congoja oprimiéndome el corazón. Todo lo aguanté sin una queja; la zozobra, las incontables molestias de un horario indiscriminado, la multitud de planes fallidos por emergencias de última hora... ¡Todo! Pero esto ya es demasiado. ¿Cómo voy a aguantar resignadamente que vayas a una muerte segura?

—Desorbitas las cosas, Dora. No voy hacia ninguna muerte segura.

La cara de la mujer se alteró.

—¿No? ¿Y qué fue entonces lo que le sucedió al comandante Bertín y a ese profesor? ¿Qué les pasó?

—No hace falta que alces la voz, te oigo perfectamente.

—¡Alzo la voz porque quiero! ¡Bastante tiempo he permanecido callada! ¡Años y años rezando para que volvieses sano y salvo y ahora tú pretendes jugar a los héroes sin importarte dejar viuda y huérfanos! ¿Es que eres tú el único policía de Londres? ¿Qué esperas conseguir con tu sacrificio? ¿Una medalla póstuma?

—¡Por favor, Dora! Sé razonable, no soy ningún suicida. Lo que intento llevar adelante no es más ni menos peligroso que otra operación cualquiera.

Los ojos de la mujer se cuajaron de lágrimas.

—¡Oh, Fred! ¡Temo por tu vida! ¿Qué será de mí y de los niños si a ti te pasa algo?

—Vamos, vamos. No me pasará nada.

—¿Y por qué estás tan seguro de que te respetará a ti lo que ha acabado ya con cinco hombres?

—No me dejaré sorprender.

—¿Y qué harás? ¿Es que has olvidado que el comandante Bertín llevaba un revólver en la mano que no pudo ni utilizar?

El timbre de la puerta cortó la discusión. Dora Tombey se enjugó las lágrimas con un pañuelo.

—Iré yo —dijo Tombey levantándose del sofá.

La persona que encontró tras la puerta era la que menos podía esperar.

—¡Señor Seller!

—Buenas tardes, inspector.

El bibliotecario estaba más pálido y enjuto que nunca. Tombey no halló en sus acuosos ojos rastro de rencor o animosidad.

—Pase usted, señor Seller.

Este penetró en la casa con aire tímido, presentó sus respetos a la señora Tombey y aceptó un poco de licor.

Dora Tombey les dejó solos para que pudiesen hablar con más libertad.

—No sabe cómo lamento que por causa de mi torpeza se haya visto envuelto en tan penosa situación.

El bibliotecario sesgó blandamente el aire con su mano.

—Olvídese de eso.

—Quiero que sepa que aunque todo lo acusaba, yo nunca estuve muy convencido de su culpabilidad.

—No vengo a mortificarle, inspector. Casi dos meses en la cárcel ha supuesto una experiencia con más puntos positivos que negativos. Y por si fuera poco, gracias a ello he podido sostener extensas charlas con el doctor Fearing, uno de los psiquiatras de más porvenir del mundo.

—Nuestra hipótesis era que estaba usted perturbado, señor Seller. Y para demostrarlo, el ministerio fiscal requirió el diagnóstico pertinente a un experto en la materia.

—Pues le aseguro que a mí, sin estar loco del todo, me han venido de maravilla esos diálogos con el doctor Fearing. Es saludable para el hombre exponer su alma abierta y sin tapujos, descubre cosas que ni sospecha. Solemos vivir demasiado asomados al exterior, no miramos con la debida frecuencia hacia lo más hondo de nuestro ser. Y es ahí

donde únicamente encontraremos los mil egoísmos de nuestro carácter... Pero no he venido a disquisicionar sobre las complejidades del ser humano, sino a pedirle algo; esta noche quiero estar junto a usted.

Inevitablemente, esta propuesta produjo en el policía el consiguiente asombro.

—¿No teme por su vida, señor Seller? —repuso.

—Es obvio que no me gustaría terminar con un puñal sin guarnición en el tórax, aunque estoy decidido a correr esa aventura con tal de penetrar en el enigma del «Stroffkatoc».

—¿Sigue abrigando la certeza de que las muertes son causadas por algo sobrenatural?

—Ese reloj es el «Stroffkatoc», la maldición negra. De eso no me cabe duda.

—Si yo tuviese la seguridad de tener que habérmelas con un demonio por nada del mundo me encerraría esta noche con él.

—La maldición negra me obsesiona, inspector. Quiero destruirla, aventar ese mal diabólico de entre los hombres. No sé cómo lo haré ni si tendré fuerzas para ello, pero le suplico que me permita estar a su lado esta noche. ¡Tengo que estar!

La vehemencia del bibliotecario hacía que sus pupilas reluciesen como carbones encendidos.

—De acuerdo, señor Seller. Ya que se empeña...

—¡Gracias, muchas gracias! ¡Entre los dos derrotaremos a ese ser de los abismos! ¡Volveremos a sepultarle en las sombras eternas!

Tombey lo corroboró con un movimiento de cabeza.

Capítulo 11

TRAMPA DIABOLICA

Ǝ

El reloj parecía agigantarse como algo perverso y monstruoso dotado de vida. Sus negras formas se distorsionaban horriblemente y su tic tac horadaba las sienes y ocupaba el cerebro amplificándose deformadoramente al igual que si el recinto craneal fuese una monumental sala abovedada donde los ecos de un TIC TAC colosal lo ensordecía todo...

Tombey sacudió la cabeza y parpadeó varias veces alejando la alucinación. A su lado el bibliotecario permanecía sentado en el borde de la butaca, muy erguido, tenso como un cable a punto de partirse, con los ojos prisioneros de aquella siniestra tiniebla.

El policía echó mano de su pitillera y encendió un cigarrillo. La esfera del reloj, cual ojo fantástico coronando un cuerpo enteco y fuliginoso, indicaba un poco más de las once y media. El ambiente de la biblioteca era denso y entenebrecido, las formas de los macizos muebles pesaban como si estuviesen al acecho y un silencio de cementerio gravitaba sobre aquella estancia en cuyos estantes reposaban miles de volúmenes.

Tombey trató de sustraerse a aquella insidiosa hostilidad y pensó en sus hombres, que rodeaban Rednor House camuflados en el frondoso jardín, expuestos a las ráfagas de húmedo viento que silbarían como culebras entre el ramaje...

La voz del señor Seller le hizo retornar al interior de la grandiosa mansión.

—Esta mañana estuve en el hospital a visitar a la señora Ross — murmuró sin abandonar su estática postura.

—¡Pobre mujer! Llevaba una vida de placidez y trabajo y de pronto ese remanso es agitado por la sangre y el terror —comentó Tombey deseoso de aliviar la opresión.

—Pronto lo habrá olvidado, es muy animosa... Con el dinero de la venta del reloj piensa adquirir una casita en uno de esos pueblecitos de la campiña y pasar el resto de sus días escuchando el gorjeo de los pajarillos, oliendo a heno y contemplando a los patos nadar en los estanques...

—Se tiene merecida esa paz.

—Sí... Ha batallado mucho en la vida. Es una mujer admirable, hace años que estoy enamorado de ella y nunca me atreví a hacerle la más mínima sugerencia. Las mujeres siempre me han dado un poco de miedo, ¿sabe? Cuando mozuelo, las jóvenes solían burlarse de mi aspecto, por desgracia la naturaleza no me dotó de un físico atrayente. Esto me hizo encerrarme más en mí mismo, hasta que me convertí en un hombre adusto y reservado... ¿Cómo iba a atreverme a cortejar a la señora Ross? Ella es muy atractiva y simpática, y además estaba Eric Scott. Habrían terminado casándose, de no mediar este horror... A la señora Ross le caía bien el agente de seguros, él también era una persona bienhumorada, llena de vitalidad y deseos de vivir. ¡Lástima de hombre!

—No llegué a conocerle —manifestó el policía—, pero todos coinciden en que Eric Scott se hacía estimar por todos.

—Desde luego... —y tras un breve titubeo, señaló—. Si salgo con bien de esto, pediré a la señora Ross en matrimonio. No tengo muchas esperanzas, sin embargo quiero intentarlo al menos.

—Hace usted bien, la señora Ross está en una edad en la que se aprecian muy mucho las cualidades morales de las personas. Ambos están solos y después de pasar por un trance tan trágico necesitan compañía más que nunca...

De improviso el bibliotecario se incorporó a toda prisa.

—¡Fíjese!

Y apuntaba con el brazo extendido al reloj cuyas manecillas parecían haberse vuelto locas de repente mientras del pecho de ébano surgía un triquitraque de golpes y chirridos.

Este extraño comportamiento apenas si duró unos minutos; los ruidos se apagaron y las agujas cesaron en sus descontrolados giros.

Ambos hombres permanecían atentos al reloj. Al cabo de unos segundos habló el señor Seller.

—Debe de haberse averiado.

Tombey no contestó, tenía los cinco sentidos pendientes de la máquina.

El reloj había recobrado el pulso normal y su tic tac volvió a invadir los ámbitos de la biblioteca.

—Parece que vuelve a funcionar —dijo el bibliotecario.

Por espacio de unos minutos no quitaron ojo de la sombría máquina.

—Las manecillas no se mueven, deben de haberse atascado —notó el inspector—, y han quedado indicando una hora inexacta.

—Iré a colocarlas bien.

El señor Seller avanzó unos pasos hacia el reloj... Tombey le vio abrir el cristal que protegía la esfera. Consultó su cronómetro de pulsera; pasaban unos minutos de las doce menos cuarto. Entonces

chilló desesperadamente.

—¡Quieto! ¡No lo toque! ¡No lo toque, por el amor de Dios!

La mano del señor Seller quedó suspendida en el aire cuando sus dedos rozaban ya la manecilla.

—¡No lo toque! ¡Y échese a un lado! ¡Quítese del medio!

El bibliotecario obedeció presto y confuso y dando un pequeño rodeo retornó junto al policía. El tic tac proseguía imperturbable, exacto, aterrador...

Con la respiración contenida permanecieron frente al reloj, sugestionados, esperando que de él emergiese un ente abominable y deforme... Y entonces las manecillas iniciaron otra vuelta hasta quedar señalando la hora correcta.

Poco después las campanadas de medianoche se desgranaban lentas y trémulas.

★ ★ ★

—¡MacDonald! ¡MacDonald!

El joven detective escuchó las llamadas de su jefe y salió a toda prisa del cuarto trastero que le servía de escondite, con el revólver en la diestra.

Se encontró a Tombey en mitad del pasillo.

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente; escucha, quiero que vayas a la ciudad y que regreses con uno de los mejores relojeros que encuentres. ¿Has entendido?

MacDonald abrió la boca estupefacto.

—¿Un relojero dice, señor?

—Exactamente; un buen relojero.

El rostro rubicundo del detective reflejó su turbación.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, inspector?

—A punto hemos estado de tener que lamentar otra muerte, muchacho. Afortunadamente no ha sido así. Ahora ya está bien de preguntas; regresa a Londres y tráete a uno de los más acreditados relojeros.

—Pero... ¿a estas horas?

—¡Repámanos, MacDonald! ¡Póngase en marcha de una vez! ¡Si no conoce a ningún relojero, pregunte a los chicos, consulte la guía profesional, haga lo que sea! ¡Le creía con más iniciativa!

Salió disparado el joven y el inspector volvió a introducirse en la biblioteca donde el señor Seller continuaba con un rictus de pasmo en la cara sin dejar de mirar hacia el majestuoso e imponente reloj.

—Es... es inconcebible —tartajó.

MacDonald regresó a la una de la madrugada escoltando a un

hombre de estatura mediana, mantecoso, de cabeza redonda y pelada, y prácticamente sin cuello, por lo que la llevaba empotrada en mitad de los hombros.

—El señor Kilby —presentó el detective.

Al relojero parecía hacerle poca gracia todo aquello. Tenía los ojos cargados todavía de sueño y bajo el abrigo se le veía el pijama.

—Yo soy un ciudadano respetuoso de la Ley y entiendo que por deber cívico debo colaborar con las autoridades, pero ¡icaray! sacar a uno de la cama con este tiempo... ¿Es que no podían esperar a mañana?

—No refunfuñe, amigo. Mañana se verá usted en los periódicos y podrá pavonearse ante sus amigos de haber contribuido a esclarecer uno de los casos más enmarañados y fantásticos de los anales policíacos. ¿Ha oído usted hablar del «Stroffkatoc», la maldición negra?

El grasiento rostro del relojero tuvo una rabotada de espanto y retrocedió un paso.

—¿La maldición negra?

—Quiero que lo desmonte usted pieza a pieza.

—No pondré mis manos sobre esa obra infernal. ¡No pueden obligarme!

—Nadie ha pensado en ello, señor Kilby. Si usted se niega, recurriremos a otro, pero sepa que no hay ninguna obra infernal. Ese reloj es una máquina asesina, un increíble y preciso artificio criminal creado por alguna mente retorcida y sanguinaria que odiaba al género humano.

El relojero se pasó la mano por la ya rasposa barba y sus ojos fueron de uno a otro de los presentes. Lo pensó un segundo más y luego se despojó del abrigo.

—Está bien; nunca podrán decir que Ernie Kilby retrocedió ante nada. Conduzcanme ante ese reloj.

Ernie Kilby demostró tener manos ágiles y un completo conocimiento de su oficio. Poco a poco el vientre despanzurrado del mortífero instrumento dejó ver un complicado mecanismo de flejes y engranajes.

El relojero no podía evitar continuas exclamaciones admirativas.

—¡Esto es una verdadera maravilla mecánica!

—Sí, una pavorosa maravilla —replicó Tombey.

Tras una hora de absorbente trabajo, Kilby arrancó de aquella osamenta metálica y aceitosa, una caja larga y estrecha en la que encontraron cuatro de aquellos oxidados puñales de guarnición.

—La inteligencia qué hace ochenta o cien años construyó esta máquina de muerte, debió ser clarividente —afirmó el relojero—, lástima que no dedicase sus esfuerzos hacia logros más beneficiosos.

—Debió construirla el mismo Satanás —dijo el señor Seller—. A ningún cerebro humano podría imputársele algo tan solapado.

—Es, en verdad, escalofriante —confirmó Tombey—, toda la aureola tejida a lo largo de tantos años confirmando a la maldición negra una naturaleza infernal, no es más horripilante que el hallazgo que tenemos ante nosotros.

—¿Y... cómo funcionaba? —interrogó ávido MacDonald.

—Alrededor de medianoche, el reloj se preparaba para atraer a alguna posible víctima y para ello comienza a mover alocadamente sus manecillas produciendo una serie de estridencias. El primer pensamiento de la potencial víctima es que el reloj se ha averiado. No obstante, después de estos giros y sonoridades, recobra su latido normal ipero hay un detalle que al momento se percibe! El reloj señala una hora incorrecta. Y entonces la reacción más lógica es aproximarse a él y situar las agujas en la hora verdadera. ¡Y en esa sencilla operación es donde la muerte acecha! Una vez que se abra el cristal que protege la esfera y los dedos muevan las agujas, se habrá puesto en funcionamiento el mecanismo fatal: Se desliza una pequeña trampilla a la altura del pecho y uno de esos puñales sale impelido por los resortes, hendiendo el aire y mordiendo voraz la carne del desgraciado que morirá con una trágica expresión de sorpresa plasmada en su cara... Luego, la trampilla vuelve a su inicial posición y nace el misterio, mientras el tic tac del reloj prosigue imperturbable y ajeno a los estertores del hombre que yace a sus pies...

Las miradas de los concurrentes se trasladaron medrosas al esqueleto de madera y metal.

—Por el contrario —prosiguió el policía—, si nadie cae en tan sutil celada, al cabo de unos minutos el reloj sitúa sus agujas a la hora puntual y funcionará con toda normalidad durante las veinticuatro horas siguientes hasta que, en las proximidades de medianoche repita idéntica maniobra.

—¿Y usted sospechaba algo de esto, jefe?

—Alguna idea tenía. Lo primero que empezó a llamarme la atención, fue el reflejo de asombro impreso en las facciones de las víctimas. Más tarde me extrañó el hecho de que la trayectoria de la puñalada fuese siempre la misma; si la víctima era alta, el arma aparecía clavada más baja que si esta era de menor estatura, pero invariablemente a la misma altura del suelo. Y sobre todo, en la muerte del señor Guilfoyle descubrí un dato que me abrió los ojos. La puñalada estaba situada muy a la derecha, tanto es así que por milímetros, fue mortal. Esto se debió a que en el momento de dispararse el resorte, el señor Guilfoyle, que calzaba unas singulares sandalias orientales cuyas suelas tenían un grosor de varios centímetros, por cualquier casual circunstancia, perdió la sandalia izquierda y su cuerpo se venció hacia ese lado en el instante que el acero surcaba el aire... Otro detalle importante es que las muertes

tenían lugar a la misma hora; de todas formas, mentiría si pretendiese hacer creer que yo tenía una idea preconcebida de lo que en estos momentos tenemos ante nuestros ojos. Fue, sobre todo, la total carencia de huellas, la falta de móviles y lo insólito del caso en general, lo que me decidió a la prueba de esta noche. Y ha sido una suerte que el señor Seller me acompañase; de estar solo, quizás hubiese terminado todo de diferente manera.

—Pero... ¿y aquella ventana abierta en el saloncito de la señora Ross cuando fue muerto el profesor Edgware? —preguntó intrigado MacDonald por este detalle.

—Probablemente, aquella ventana llevaba algún tiempo solo encajada, y al abrir el profesor Edgware de pronto ambas puertas del saloncito cuando se nos apareció moribundo, se formaría alguna turbulencia de aire que la desencajó.

MacDonald se dio por satisfecho con esta explicación.

—¿Cuál será su suerte? —quiso saber Kilby, indicando las distintas piezas que habían compuesto el más refinado instrumento de muerte que cabía imaginar.

—Supongo que acabará figurando en el Museo de los Horrores junto a la guillotina, de la cual no desmerecerá lo más mínimo.

FIN



Yayita, Coné, Cortisona...
¡tantos personajes
y un mundo
de carcajadas!

YA ESTA A LA VENTA

CONDORITO

REVISTA MENSUAL